

Lya Imber de Coronil (1914-1981)

Ana Teresa Torres

UN BARCO SE DETIENE EN LA GUAIRA

Durante el siglo XX Venezuela fue un país de acogida; desterrados y transterrados, exiliados y refugiados, emigrantes por los más diversos motivos, cruzaron sus fronteras de agua y tierra para asentar de nuevo sus vidas. Por ello los venezolanos hemos ganado la fama de conformar una sociedad abierta y de generosa bienvenida, y probablemente la fama sea justa, aunque bien pudiera decirse que un cierto prejuicio a la extranjería es residual en toda sociedad. En cualquier caso, los que aquí llegaron de muy lejos o más cerca suelen insistir en el agradecimiento que conservan, o conservaron sus padres, por su patria de adopción. Siempre que lo escucho trato de rectificar: agradecida Venezuela a los hombres y mujeres que sumaron trabajo y conocimiento a su historia. Muchos de los que vinieron fueron protagonistas en esa tarea, siempre inacabada, de la construcción del país, pero también es necesario reconocer que quienes los recibieron supieron valorar su talento y su esfuerzo, y atesorarlo en beneficio de la colectividad. Gracias a ello Venezuela, como en general América, de norte a sur, ha podido salvarse de los nacionalismos y fanatismos religiosos que han sembrado gran parte de la destrucción de la humanidad. Sólo un espíritu obcecado y torpe pudiera ver a los otros como enemigos.

Nuestra biografiada, Lya Imber de Coronil, forma parte de ese contingente de venezolanos que nacieron en otras geografías. Terminaba el bachillerato cuando, procedente de Rumania, llegó a La Guaira en 1930, acompañada de su madre, Ana, y de su hermana Sofía –que no requiere presentación–, a reunirse con su padre, Nahum Imber, que había venido poco antes. Como dice Marianne Kohn Beker en su prólogo a *Noticia de una diáspora* (2002), en cuanto a la emigración de judíos ashkenazíes a Venezuela entre los años veinte y treinta del siglo XX, “el material escrito es escaso y disperso”, y nos enfrenta con la tarea de “desenredar la enmarañada madeja del pasado”.

En esa “enmarañada madeja” he encontrado voces conductoras que me han permitido narrar, aun cuando sea aproximadamente, el recorrido de la vida de Lya, no sólo desde sus comienzos en Europa oriental, sino aquí mismo, en Caracas, ya que las referencias escritas, por su misma escasez y dispersión –la cronología de la periodista Mandy Zambrano y la biografía del doctor Humberto García Arocha han sido

excepciones insustituibles—, requerían complementarse con el relato oral de quienes la conocieron. En el mismo momento de contactar con las personas que estuvieron relacionadas con ella comienza su biografía. La afectuosa acogida con que me abrieron sus casas, sus memorias y sus fotografías, era ya un índice de la presencia querida y admirada de Lya en sus vidas. Mi agradecimiento, pues, en primer lugar a su familia: su hermana Sofía Imber, y sus hijos María Elena y Fernando Coronil Imber, por la emoción y paciencia con que recibieron mis preguntas y solicitudes, y la generosidad y confianza con las que compartieron sus recuerdos; cada quien con su propio estilo y su diferente manera de recordar hizo posible mi trabajo; y a sus sobrinas Sara y Adriana Meneses Imber, siempre atentas a brindarme su ayuda. A la psicóloga Nusia Feldman, veterana investigadora que me proporcionó materiales celosamente guardados durante años y fuentes de información que nunca hubiese podido encontrar por mis propios medios. Al doctor José Francisco, pediatra como Lya, que por largo tiempo ejerció en el lugar donde ella llevó a cabo la mayor parte de su acción: el Hospital de Niños J.M. de los Ríos; a Consuelo Ramos de Francisco, profesora de la Universidad Central de Venezuela, tutora, entre otros muchos, de un invaluable trabajo: una tesis de la Escuela de Bibliotecología que recoge exhaustivamente los escritos de Lya Imber; ambos me ofrecieron no solamente indispensables referencias sino muy oportunas sugerencias. A la psicóloga Anita Molina, que trabajó codo a codo con Lya en el Servicio de Higiene Mental del hospital; a las doctoras Carmen Correa y Zaira de Andrade, colegas que compartieron con Lya muchas de sus tareas por la infancia. A Elba Medina Sánchez, secretaria del Patronato del Hospital de Niños, quien me facilitó importantes publicaciones. A la trabajadora social Lila Ruiz de Mateo Alonso, quien junto con su hija Ester, refrescaron mis noticias del psiquiatra Alberto Mateo Alonso y su fecunda amistad con Lya. A la escritora Elisa Lerner, por su maravillosa crónica oral de la familia Imber. A Jacobo Rubinstein, la primera persona a quien le comenté mi interés en escribir esta biografía, y fue fiel acompañante del proyecto. A otras personas que contribuyeron a construir la memoria de Lya: Dora Federbusch, Alicia Freilich, Carlos Izquierdo y Frida Silberg; y a María Dolores Torres por la preparación del material gráfico. Mi agradecimiento también a la Biblioteca “Miguel Acosta Saignes” de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela; la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela; la Biblioteca “Ricardo Archila” de la Academia Nacional de Medicina; la Biblioteca “Andrés Aguilar Mawdsley” de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales; la Biblioteca “Gustavo

Henrique Machado” del Hospital de Niños J.M. de los Ríos; y por supuesto, el archivo del diario *El Nacional*.

Con esta nutrida lista de gratitudes casi pudiera decirse que se trata de un libro colectivo, y lo celebro, ya que mi intención al escribirlo ha sido no solamente honrar el nombre de una gran venezolana, sino contribuir al tejido de nuestra memoria social.

¿A qué vino usted aquí?

Dicen que cuando un célebre profesor de Anatomía vio a aquella joven de español vacilante entre los estudiantes que iniciaban el Doctorado de Medicina de la Universidad Central de Venezuela en 1930, la recibió con esa pregunta, a la que añadió otra: “¿su mamá no tiene oficio que darle en su casa?”; la alumna respondió: “vine a lo que vinieron los demás, a estudiar Medicina”. No podemos dar fe de que el diálogo transcurriera exactamente de esa manera, pero lo reproducimos porque abre significativamente el signo de su vida. En realidad vino a Venezuela a cumplir un destino que ni sus padres, ni ella misma, hubieran podido suponer desde Odesa, donde nació hacia 1914. ¿Por qué las imprecisiones? Como muchas familias judías, la suya probablemente abandonó el país sin la certeza de los documentos. “Salían de un día para otro, sin papeles, y luego reconstruían las edades” –dice Sofía. ¿Qué les hizo tomar la decisión de marchar? “¿Decisión? Mataban judíos todos los días”. Sus datos biográficos oficiales, recogidos por su condiscípulo y amigo Humberto García Arocha (1982: 103) dan como fecha de nacimiento el 18 de octubre de 1914, pero también consideramos como otra fecha posible la que se encuentra en su expediente de la Universidad Central de Venezuela: Odesa, 5 de mayo de 1912 (habría que añadir a las imprecisiones el hecho de que en Rusia, en el tiempo en que nació Lya, regía el calendario juliano, cuyas fechas no coincidían con las del calendario occidental, también llamado gregoriano).

Cuando poco antes de su fallecimiento, en 1981, el presidente Luis Herrera Campins le entregó personalmente la Orden “Andrés Bello” en su Primera Clase, la condecorada contestó: “Cuando se me informó que usted vendría a imponerme esta condecoración, pensé que tal vez había un factor o elemento de lástima detrás de tal intención y eso me resultó desagradable; pero he eliminado toda aprensión al respecto y ahora creo que usted está condecorando a un trabajador por la infancia, y es con ese carácter como quiero aceptar el presente homenaje” (García Arocha, 1982: 127).

Ciertamente, recibió al Presidente en su casa porque su gravedad le impedía salir; le quedaba apenas un mes de vida. Mostró Lya su entereza hasta el final, y su capacidad de sobreponerse a lo que sutilmente llamó “desagradable”. Si se la reconocía como trabajadora, todo estaba bien. La lástima no era con ella. Trabajadora por la infancia es el título que ella se quiso dar a sí misma, sin duda mucho más exacto que el de “la gran madre de la infancia venezolana”, con la que se ha definido su labor, y que pareciera destacar solamente sus cualidades afectivas. Una de sus colaboradoras, la psicóloga Haydeé Bordería, en un sentido artículo de prensa publicado después de su muerte, que justamente tituló “La racionalidad de Lya Imber” (1981), expresó muy claramente los dos principios que regían su acción.

Emoción y razón. Emoción para captar el hecho, para dolerse y comprender el sufrimiento del otro. Razón para buscar soluciones, para abrir caminos, para reclamar e impulsar el reconocimiento y ejercicio de los Derechos de la Infancia.

Lya definía así su misión (1958b):

Trabajar “para el niño” no es bondad, ni caridad, ni simpatía... Atender las necesidades del niño, satisfacerlas, brindarle cariño, firmeza y respeto, no es una fórmula caritativa o prueba de bondad, es parte integrante de cualquiera sea la misión que se ejerza en la cual el conocimiento técnico aúna la comprensión y el amor, el respeto y la amistad, condiciones indispensables para realizar con integridad y éxito el trabajo para la infancia.

Lo que se había propuesto, o mejor dicho, lo que trabajando a lo largo del tiempo fue construyendo era un proyecto social dentro de una idea más universal y compleja: crear las condiciones para que los ciudadanos se desarrollaran en la salud y el bienestar durante las primeras etapas de la vida. En otras palabras, crear políticas públicas. Y más aun, no era un trabajo solamente para la infancia, sino para la sociedad toda. Lya lo expresó con estas palabras (1974):

Estos objetivos consisten en el logro de la salud integral para el hombre, que contempla su bienestar, comprendido como un legítimo derecho y de iguales oportunidades para todos para desarrollar sus aptitudes individuales y alcanzar su ubicación dentro de la sociedad.

Lo que pretendía era la salud íntegra de los futuros ciudadanos del país, convencida desde muy temprano de la verdad de que es durante la infancia cuando se decide el destino de los seres humanos. Pero aceptemos con ella el honorable título de trabajadora por la infancia. El trabajo era, sin duda, lo que daba sustento a todo. Varios que la conocieron de cerca comentan que en alguna ocasión pidió para ella la “Orden de la Fregona” porque no soportaba la suciedad en el medio hospitalario, y con sus propias manos se imponía la tarea de limpieza. Tampoco sería por seguir el hábito del ama de casa cuidadosa, sino por negarse a aceptar ese deterioro y descuido propio de las instituciones públicas venezolanas. Lya Imber, como todos coinciden, fue una mujer muy respetada, pero más importante todavía fue la manera en que ella impuso el respeto por los niños enfermos y sus familias. Trabajó, en suma, en la búsqueda de la excelencia. En el concepto de que la medicina es un servicio social al que toda la ciudadanía tiene derecho, y no una dádiva que puede ser entregada de cualquier manera. Pero veamos cómo fueron los primeros años de su vida.

Un barril para cruzar el Dniester

Odesa, a comienzos del siglo XX, era la cuarta ciudad del imperio ruso, y el puerto más importante del Mar Negro. Estaba dotada de comunicación ferroviaria y marítima, gozaba de electricidad, teléfono, agua caliente, alcantarillado, pavimentación, transporte municipal, hospitales, universidad, liceos e institutos, siete bibliotecas, museos, ópera, teatros en ruso, polaco, alemán y francés, hipódromo, parques, hoteles de lujo, multitud de cafés y restaurantes; cualidades que la establecían como una de las ciudades más confortables de Europa y lugar de veraneo para nobles y ricos. Situada en la región suroccidental de Ucrania dominaba una de las zonas agrarias de mayor producción del imperio, particularmente notoria por la siembra de remolacha azucarera. Nahum Imber era técnico agrícola especializado en ese cultivo. Todo hace suponer que en esos primeros años de la infancia de Lya la familia disfrutó de un cierto bienestar, aunque breve. Eran tiempos y lugares de guerra, en la alborada de los totalitarismos que cubrieron Europa. En Odesa ocurrieron hechos que auguraban la revolución de 1917. ¿Qué amante del cine no recuerda la escena de *El acorazado Potemkin*? Bajo las balas de los soldados del zar una mujer y su hijo en un cochecito se desploman por las

escalinatas que unen el puerto con la ciudad. El famoso filme de Sergei Eisenstein (1925) alude a una importante manifestación de trabajadores que, en 1905, en solidaridad con el levantamiento de la tripulación del Potemkin, ocuparon las calles de Odesa y dejaron más de dos mil muertos (Figes, 2008: 228).

Un tema ineludible es el antisemitismo. Según Solzhenitsyn entre 1880 y 1921 tuvieron lugar ochocientos ochenta y siete pogromos en Ucrania, comandados indistintamente por las fuerzas nacionalistas, el Ejército Verde, el ejército zarista, y finalmente el ejército soviético; el peor de ellos fue el ocurrido precisamente en Odesa, en 1906, en donde la comunidad judía era aproximadamente el veinticinco por ciento de la población. El resultado dejó ochocientos asesinados, cinco mil heridos y diez mil personas sin hogar. (Figes, 2008: 241).

Al igual que ocurriría más tarde en Alemania los judíos fueron acusados de ser enemigos de la nación; en el caso ruso por estar a favor de la Revolución, y al mismo tiempo en su contra. Por una parte los bolcheviques afirmaban que los judíos eran la semilla del capitalismo, y por la otra se les acusaba de revolucionarios antizaristas, ya que muchos de los dirigentes bolcheviques eran judíos, e incluso accedieron a posiciones oficiales por primera vez. Aunque en la República Popular de Ucrania, surgida a partir de la Revolución de 1917, se reservaron puestos de representación gubernamental para los rusos, los polacos y los judíos –los mayores contingentes poblacionales–, una vez declarada la República Soviética de Ucrania en diciembre de ese mismo año, el antisemitismo continuó. Los primeros pogromos fueron comandados por las fuerzas nacionalistas en el invierno de 1918-1919, llevados a cabo por un movimiento fascista denominado Unión del Pueblo Ruso; un grupo paramilitar aupado por Nicolás II, quien, al igual que su padre, había sido un antisemita confeso. El objetivo de esa fuerza de choque que desfilaba con iconos, retratos del zar, y puños de hierro en los bolsillos era combatir a todo aquel de quien se sospecharan simpatías democráticas. Pero también desde la Revolución la mayor violencia fue la dirigida contra los judíos; la violencia antijudía estaba vinculada a la destrucción de la propiedad y a la imposición de tributos, que en caso de no ser pagados, era castigado con el asesinato. Durante el período del Terror Rojo los soldados eran autorizados a saquear, asesinar y violar bajo el pretexto de que la riqueza judía debía ser devuelta al pueblo. Se calcula que ocho mil sinagogas fueron cerradas por los comunistas entre 1921 y 1925 como parte de su campaña contra la religión.

El antisemitismo fue un hecho de la vida de Rusia a lo largo del período revolucionario. Los ataques contra los judíos a menudo concentraron parte de la violencia de la muchedumbre. La palabra “pogromo” significaba tanto un ataque contra los judíos como un asalto contra la propiedad en general... Que los judíos se convirtieron en el chivo expiatorio de los males del país se extendió considerablemente después de 1914 (Figes, 2008: 737).

Al antisemitismo hay que agregar que Ucrania fue una de las regiones del imperio ruso que más violencia y caos sufrió durante ese tiempo; por una parte fue invadida por las fuerzas alemanas durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y por otra fue escenario de la guerra civil entre los bolcheviques y los rusos blancos (1918-1920). Los cultivadores agrícolas estaban doblemente cercados. En la revolución agraria los campesinos asaltaban las haciendas, armados con sus instrumentos de trabajo y algunos fusiles, para obligar a los propietarios a ceder sus propiedades hasta que en el verano de 1917 se decretó la expropiación masiva de las tierras, no solamente de los grandes terratenientes de la nobleza, sino las de los llamados *kulacs*, es decir, campesinos propietarios (Figes, 2008: 412). A su vez, los campesinos eran violentamente atacados, asesinados y torturados para que entregaran su producción a la Revolución durante los años del llamado “comunismo de guerra”. Los campesinos ucranianos, entre los que la propiedad privada heredable era más fuerte que en el resto de Rusia, sufrieron los mayores excesos; el nacionalismo campesino ucraniano mantuvo una fuerte resistencia contra el poder de Moscú y se produjeron numerosos levantamientos (Figes, 2008: 769).

Una vez emigrados a Besarabia, nos dice Sofía, su padre trabajó para un conde polaco de nombre Malavensky; y aunque no puede asegurarlo, piensa que en Rusia había sido un pequeño propietario de tierras; en cualquier caso, como judío y como persona vinculada a la agricultura, estaba en primera fila de las amenazas. Ana recordaba que en su familia habían sido asesinadas dieciséis personas. Hacia 1918 o 1919 los Imber abandonan Ucrania. Lya debía ser todavía una niña muy pequeña cuando sus padres lograron meterla en un barril para así atravesar la frontera fluvial del Dniester y asentarse en Soroca (Soroki en ruso), una pequeña ciudad en la zona noroccidental de Besarabia. Este es el recuerdo que le confió a la periodista Ana Mercedes Pérez (1967: 368).

Cuando contaba seis años salimos de Rusia hacia Rumania. Rememoro entre brumas la salida sigilosa... Alguien me tomaba para protegerme; eran los brazos fuertes de mi padre.

Besarabia es una región de la Europa oriental, anexionada al imperio ruso entre 1812 y 1918, luego parte de Rumania entre 1918 y 1940, y una de las repúblicas de la Unión Soviética a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, hasta que después del colapso de la URSS se convirtió en la actual República de Moldova. Antes de la guerra la población judía rumana era del cuatro por ciento, pero en las zonas urbanas de Moldavia, Besarabia y Bukovina oscilaba entre el veinticinco y treinta y cinco por ciento (*Noticia...*, 2002). No representaba para los Imber una emigración radical, no sólo por la cercanía geográfica, sino lingüística. Allí podían continuar hablando en su lengua, el ruso, o en *iddisch*, común a todos los judíos de la Europa oriental, y Nahum podía seguir su oficio ya que también allí era importante el cultivo de la remolacha azucarera; de ese modo pensaban esperar a que las cosas mejoraran para regresar a Ucrania. En realidad los problemas continuaron siendo los mismos. Besarabia tenía fuertes antecedentes antisemitas. En 1903 se llevó a cabo un terrible pogromo en Chisinau (Kishinev, en ruso), la capital, y la ola de ataques antijudíos asoló la región en 1905. Pero es posible que los Imber vieran esta región como un refugio en tanto la Revolución de 1917 trajo la igualdad cívica para los judíos de Besarabia. A partir de la incorporación de Besarabia a Rumania en 1918 los judíos recibieron automáticamente la ciudadanía rumana; sin embargo, como resultado de las leyes de nacionalidad de 1924 muchos de ellos no pudieron cumplir con los requisitos y fueron privados de la misma. Al igual que en otras partes de Rumania enfrentaban hostilidad, medidas antijudías, la condición de sospechosos por parte del gobierno, así como un acoso administrativo.

En Besarabia había más de cuarenta liceos, es decir, escuelas públicas de clase media que garantizaban una educación cuyo resultado final era el grado de bachiller, similar al *Baccaulareat* francés, que permitía el acceso a una profesión liberal; los había en ruso, francés, alemán y hebreo. Las tendencias antisemitas se habían manifestado en el sistema educativo durante el siglo XIX, al punto que una ley de 1893 excluía a los judíos de la población estudiantil, particularmente a las niñas ya que la ley aplicaba una cuota de alumnos judíos que las desfavorecía. Las hijas de la elite comenzaron a ser enviadas fuera de Rumania para continuar su educación, y aun después de la Primera

Guerra Mundial –el momento en que llegan los Imber–, persistía una doble, e incluso triple discriminación por razones de género, nacionalidad y religión (Ronit Fischer). Muchas niñas judías pertenecientes a familias en capacidad de costearles la escuela, soñaban con la posibilidad de continuar los estudios universitarios en Europa occidental, ya que les hubiera sido más difícil, si no imposible, en Rumania (Galitzi, Christine). ¿Fue Lya una de ellas? En todo caso, su aspiración universitaria estaba fuera de duda; lo que no podía suponer era que la realizaría en Caracas.

Sorooca era una localidad pequeña, de pocos recursos culturales y educativos. Es probable que Lya comenzara allí el bachillerato, pero con seguridad estudió varios años en el liceo francés “Jeanne d’Arc” en Chisinau. No sabemos con certeza dónde vivió ese tiempo, pero dada la distancia de ciento sesenta kilómetros entre Sorooca y Chisinau, es indudable que debió separarse de su familia y alojarse probablemente en casa de algunos conocidos. Una mentalidad muy abierta, y una gran confianza en la educación, demostraron Nahum y Ana al permitir esta temprana separación.

Chisinau era entonces una ciudad provincial dividida en dos partes: la ciudad superior en la que habían algunos edificios neoclásicos, oficinas, iglesias, doce escuelas, dos teatros, una sala de música, sin bibliotecas ni galerías de arte; y la ciudad inferior de calles sin pavimento, y covachas de madera en las que vivían los obreros rusos, judíos y moldavos, que sufrían frecuentes epidemias de cólera. Los gobernadores rusos veían este destino como una suerte de exilio (Figs, 2008: 76). En el suyo, Lya había perdido la posibilidad de educarse en el brillo cultural de Odesa. Cuando en alguno de sus múltiples viajes conoció Rusia, no quiso volver a su ciudad natal.

América, América

Cerca de tres millones de judíos del Este europeo emigraron en esos años. A partir de 1924 la política migratoria de Estados Unidos se hizo muy estricta y quienes no encontraban lugar en otros países de Europa se diseminaron por América Latina.

Partir de Europa en los años veinte y muy a principios de los treinta era muchas veces consecuencia de haber sabido escuchar con sumo cuidado los signos del latente peligro que se cernía sobre los judíos, pero también era, de alguna manera, no sucumbir a la implacable voz de los presagios (*Noticias...* , 2002).

No solamente la cuestión antisemita continuaba en Besarabia, sino que los asuntos económicos no marchaban bien, y había llegado una segunda hija, Sofía, en medio de una gran penuria. Parecería imposible que pudiera prosperar el negocio agrícola cuando, al otro lado del río, se habían producido las colectivizaciones. Las tierras estaban devaluadas y era una época de gran depresión. Decidieron una apuesta más fuerte.

Nahum hizo un viaje a Estados Unidos, la tierra prometida de tantos emigrantes europeos, pero las diligencias no prosperaron. Finalmente se embarcó hacia Chile, sin saber nada de esa estrecha lengua de tierra austral. Viajó en un trasatlántico de la Hamburg Amerika Linie, que zarpó de Hamburgo con destino a Valparaíso, donde había una importante colonia alemana; después este mismo barco en 1939 navegaría con doscientos refugiados del nazismo hacia Cuba, hasta que un aviso de radio indicó al capitán que éstos no serían recibidos, por lo que dio vuelta hacia las costas de Francia con su incierta carga humana. Pero en esta travesía, que es la que por ahora nos interesa, probablemente la primera porque fue construido en 1928, el barco llegó a su destino; antes detuvo su marcha en La Guaira. Sandra Pinardi (2000: 54-56) enfatiza la condición de puerto y encrucijada que le depara a Venezuela la geohistoria. Venezuela fue la puerta de entrada al continente y a la conquista, y al mismo tiempo un puerto, “un lugar de esperas, de paso y despedida... un lugar expuesto continuamente a lo foráneo, a lo externo y exótico –a lo que llega”.

Al parecer un compatriota le dijo a Nahum, “quédate, aquí vas a hacer la América”. El nombre de la nave en que viajaba no podía ser más sugerente: “Orinoco” (Martínez, 1960). El imaginario utópico venezolano estaba allí esperándolo. No fue el único emigrante que detuvo su marcha en la ensenada de La Guaira. Son sumamente elocuentes los testimonios de los primeros emigrantes ashkenazíes a Venezuela.

Venezuela era un país del que poco se decía, una mancha imprecisa e ignota en el mapa de América del Sur, enfatizada en la escueta crónica mundial por el descubrimiento del petróleo... Los pioneros ashkenazíes tenían una vaga idea de los paisajes que se agolparían en sus ojos en el Nuevo Mundo. Asombro sería la palabra con la que tildarían el exilio, el miedo y la distancia (*Noticia...*, 2002).

Clara Sznajderman (2005: 31) –quien desempeñó una importante labor en la comunidad judía venezolana y fue amiga de Lya–, “lo primero que supuso de Venezuela fue que era un país de caníbales. Eso le habían dicho incesantemente tanto en Polonia como en París”. Venezuela era, en la ensoñación de estos europeos que nunca habían atravesado el mar, un país mítico en el que la riqueza se podía recoger como los frutos de los árboles. “De América se hablaba como de una tierra de promisión, especie de paraíso con muchas flores y muchas aves multicolores, donde la gente podía vivir tranquila”, dirá más adelante Ana (Pérez, 1967: 370). Y al parecer el país que menos trabas ponía a los emigrantes, como reflejan algunas anécdotas llenas de humor. Dice uno de ellos: “Al llegar el barco a La Guaira pregunto papá: ¿cuánto hacía falta para bajarse? Le dijeron: Mira, si tienes cinco dólares te puedes bajar. Bueno, eso sí puedo. Y se bajaron”. O este otro:

Fui a Chernowitz para comprar un pasaje para viajar, y entonces el dueño de la oficina me preguntó para dónde quería ir. Yo le pregunté: ¿Para dónde se puede ir? Y el contestó: Colombia o Venezuela. Y dije, bueno, ¿cuáles son las condiciones de uno y otro? A Venezuela, usted cuando va a bajar del barco tiene que mostrar un cheque de veinte dólares, o veinte dólares en efectivo. Y si va para Colombia tiene que mostrar cien dólares. Me voy para Venezuela. Y estaba allá una persona mayor, que ya había estado en Venezuela, que me llamó aparte y me dijo: Señor, ¿cómo dice usted que por veinte dólares va para Venezuela y por cien no va a Colombia. Si piden sólo veinte es porque allá necesitan inmigrantes, y allá donde quieren cien no necesitan inmigrantes, contesté. Bueno, me vine a Venezuela (*Noticia...*, 2002).

Quizás Nahum supuso que podría continuar con su oficio, porque también en Venezuela se cultivaba el azúcar. Sí, pero de caña, no de remolacha, constató más adelante. Poco después llegaron Ana y las niñas, y la familia se instaló en el estado Aragua. Eran tiempos y lugares gomecistas, pero para los Imber comenzaba una época de paz; dejaban atrás “el jardín de los cerezos”. Así imagina María Elena un recuerdo brumoso de Lya: los bolcheviques matando un pony frente a la mirada atónita de una niña que acostumbraba a montarlo.

De esa llegada cuenta Sofía (*Noticias...*, 2002):

Llegamos en 1930 a La Victoria. Dejamos un baúl sin abrir, porque mi mamá, un día sí y otro no, decía que iba a volver. Ella se encerraba en su cuarto porque decía que no iba

a tratar con los otros *clappers* amigos de mi padre. Ella no hacía sino quejarse. “Están cayendo cosas del techo, no hay frutas, cómo pongo una mesa con todas las cosas que traje”. Pronto nos mudamos a Caracas, a una casa en San Agustín del Norte, pues mi madre no hubiera soportado seguir viviendo en la provincia.

En realidad Nahum Imber no hizo la América. Sus conocimientos no tenían lugar en el cultivo azucarero venezolano, y se vio obligado a emprender algunos trabajos ocasionales, entre ellos el de vendedor ambulante por cuotas, que en *idisch* llaman *cláper*. “El trabajo lo conseguían de inmediato –leemos en *Noticia...* –: se acercaban a los negocios de otros judíos ya asentados en el país –casi todos sefardíes– y se llevaban en consignación mercancía para vender de puerta en puerta”. Este oficio ancestral, del que incluso llegó a formarse un sindicato en Valencia –y que brillantemente narra Alicia Freilich en su novela *Cláper*–, era uno de los primeros que desempeñaban los recién llegados. Comenzando con este humilde comercio “cuotero” muchos alcanzaron la prosperidad, pero él no era un hombre inclinado a la inteligencia mercantil. Contribuyó a resembrar el parque de El Pinar, y otros lugares caraqueños, Macarao y Cotiza, empleado por el Ministerio de Agricultura y Cría. Su coraje y decisión de emigrar, es decir, de escuchar “los signos del latente peligro”, negándose a “sucumbir a los presagios”, trasladó a su familia a una nueva patria en la que sus hijas formaron familias y dejaron perdurables bienes culturales. Nunca hubieran podido regresar a Odesa. Mientras en Venezuela los Imber luchaban por dominar otro idioma y sobrevivir en una cultura completamente diferente, en Ucrania, la región de mayor producción agrícola de la URSS, tuvo lugar entre los años 1932 y 1933 el proceso de colectivización que buscaba eliminar a los *kulacs*, es decir los dos tercios de la población. El número de muertos causado por la hambruna se conoce como Holodomor, un crimen contra la humanidad que, aun cuando no ha sido reconocido como genocidio, se calcula en catorce millones de víctimas.

En las esquinas de Caracas

Cuando Nahum Imber murió en 1959 quedó el recuerdo de una persona respetada en su comunidad, en la que era considerado una suerte de juez de paz a quien venían a plantearle sus problemas en busca de consejo. La energía y la lucha por la

sobrevivencia la protagonizaban Ana y sus hijas; primero en La Victoria, donde vivieron en la casa de un militar, que al parecer la alquilaba muy barata, y luego en Caracas. La primera en trasladarse fue Lya, para comenzar los estudios universitarios. Quizá sin saberlo seguía en esta separación una tradición venezolana, la de aquellos que abandonaban la provincia para ser estudiantes en la capital, y asilarse en las pensiones que tan magistralmente describiría después Salvador Garmendia. Sabemos por García Arocha (1982: 103) que estuvo un tiempo alojada en una pensión comandada por las señoritas Guzmán, en La Florida, quienes la veían como un “bicho raro”: una niña extranjera que, encima, se había empeñado en estudiar Medicina; luego, en la pensión de unos familiares del doctor Alberto J. Fernández, situada de Quebrado a Jesús. Alberto fue profesor y protector de Lya, y era hermano del también médico Edmundo Fernández, posteriormente miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1945 y ministro de Sanidad y Asistencia Social del primer gobierno de Rómulo Betancourt.

Un año después, reunida toda la familia vivieron por un tiempo de Bolsa a Pedrera No. 18, donde recibían a pensionistas. Aquellos comensales tuvieron la fortuna de probar la cocina de Ana, a quien sus nietos llamaban Mam. “Mi madre –escribirá Lya en la introducción de su libro *Las recetas de Mam para las parejas ocupadas* (1981)– era una verdadera maestra, un hada que transformaba una sopa de papas o un huevo en algo que sabía a deleite. Cómo olvidar los tiempos difíciles de nuestra inmigración en que, cocinando en un Primus y utilizando una almohada para mantener caliente lo cocinado por ella, jamás privó a su familia de platos variados y succulentos, en mesa impecablemente vestida”. Después se mudaron de Colón a Doctor Díaz No. 34-C, y por último a una casa de Glorieta a Pilita No. 91. En esa casa, cuenta Sofía, dieron la bienvenida a otros emigrantes, entre ellos a los Feldman, que se instalaron muy cerca cuando llegaron a Caracas también provenientes de Rumania. Moisés Feldman – después una importante figura de la psiquiatría venezolana –y Sofía fueron compañeros en el liceo Fermín Toro.

Lya daba clases de francés, hacía traducciones, y sabía poner inyecciones; así conoció a Clara Sznajderman. Dora, la hija de Clara, recuerda que para su madre Lya fue una presencia luminosa; muy joven y sin familia en Venezuela, encontró en ella los consejos necesarios para la atención de sus hijos, estableciéndose en el tiempo una amistad que traspasó las generaciones. Vale anotar que Clara fue una figura de gran importancia en la WIZO de Venezuela (Organización mundial de mujeres sionistas), que dedica muchas de sus actividades sociales no solamente para la comunidad judía

sino para instituciones venezolanas, y más adelante Lya obtuvo su ayuda en beneficio del Hospital de Niños. Fue en esa institución en la que su madre prestó gran parte de sus servicios voluntarios; y así la vemos en una fotografía junto a Golda Meier, en su visita a Venezuela en 1959.

Volvamos a los primeros tiempos. Sofía tocaba el piano y daba clases de ruso. Con esos instrumentos combatieron la pobreza. Lya ponía inyecciones por cinco bolívares; cuando la llamaban en vano protestaba su derecho a cobrar al menos la mitad, y obtenía dos cincuenta. Sofía enseñaba ruso en alguna casa del Country Club, pero con menos suerte no lograba cobrar nada si aquel día las señoras no tenían ganas de aprender aquella extraña lengua. La tarifa de cinco bolívares era la misma que cobraba por tocar piano en un programa de radio de Alberto Ravell, probablemente la primera aparición de Sofía Imber en los medios de comunicación. ¿Y cómo sabían hacer tantas cosas? La pregunta parece tener una respuesta obvia: “Una judía pobre tiene que saber de todo”.

Cuando le pregunto a Elisa Lerner si conoció a los Imber en los primeros tiempos de su vida en Caracas, la respuesta es precisa, como si la estuviese leyendo: “Sinagoga de los joyeros Blum, una casa de Quebrada a Puente Nuevo, la segunda habitación a la derecha, en la planta alta”. En aquellos años el culto religioso se celebraba en las casas, y en esta particularmente se reunían la gente de Besarabia y Hungría. Elisa era una niña muy pequeña entonces, pero su memoria de escritora reproduce la imagen como si la estuviese viendo mientras hablamos. Recuerda a Ana y a Sofía, muy abrigadas; a Lya, tierna y reservada. Los Imber y los Lerner se visitaban. El padre de Elisa era también de Besarabia; su madre de Bukovina. Llegaron a Venezuela en fechas muy similares. Al igual que a los Imber, a los Lerner tampoco les gustaba hablar del pasado. “Atrás no hay nada que mirar, atrás sólo hay pogromos y persecución”. Sus descripciones son concisas y elocuentes: Nahum, un hombre de carácter afable y cordial. Ana, muy bella, entregada a las obras de caridad de la comunidad judía. Tenía fama de que no daba por terminada una visita hasta que no obtuviese alguna contribución. Por cierto, cuenta Nusia Feldman una anécdota muy graciosa sobre el particular. Ana Imber acostumbraba a solicitarle contribuciones, pero en una oportunidad la cuñada de Nusia intentó hacerlo también, y Ana intervino, “a ella no le pidas, es mi clienta”. Y es que utilizaba el método de los *cláper* –dice Alicia Freilich, que tiene su rostro perfectamente retratado en su memoria–: anotaba en una

libreta los nombres y las contribuciones, y recorría a pie las calles tocando de puerta en puerta sin que se le escapara ningún conocido. Nadie se negaba

Nusia conserva una fotografía en la que Lya saluda alegremente a los nuevos esposos: ella misma y Moisés Feldman; y otra en la que Nahum Imber y el padre de Nusia bailan danzas tradicionales en el festejo. Elisa Lerner recuerda también que Lya llevaba a su madre a la sinagoga. “Fue una hija y una hermana ejemplar, con un gran cuidado por la familia. La vida familiar reemplaza para los judíos el territorio perdido en los exilios”. En su criterio, Lya, aunque no fuese religiosa, era continuadora de la tradición judía: la búsqueda de redención de un mundo moderno; la lucha por los otros, como condición de la travesía del desierto en la que la solidaridad es necesaria para sobrevivir. “Tenía una sensibilidad para el dolor –piensa José Francisco– que surgía de su origen judío, de haber conocido el sufrimiento”.

“Vivía en el mundo de los ideales –dice Fernando–, un mundo que coincidía con la formación que recibió de sus padres, personas muy religiosas y éticas, testarudamente generosas”. No todo, por supuesto, se explica por la tradición en la que las personas se han educado, pero son imágenes que contribuyen a dibujar la figura de Lya Imber.

LA PRIMERA MÉDICA VENEZOLANA

De acuerdo con Canino y Vessuri (2008) los primeros nombres de estudiantes universitarias se asoman a partir de la tercera década del siglo XX. Entre 1911 y 1939, de tres mil ochocientos veinticuatro egresados de la Universidad Central de Venezuela apenas el 0.67% representaba la población femenina conformada por veintiséis mujeres; la mayoría en Filosofía, siete en Farmacia, una en Odontología, y cinco en Ciencias Médicas. Se comprende que cuando Lya ingresó a la Facultad de Medicina en 1930 provocara una gran sorpresa. De acuerdo con estas autoras

[Ildefonso] Leal comenta en su libro *Historia de la Universidad Central de Venezuela* (1981) que cuando llegó la gente se agolpaba para verla pues era larguirucha, de ojos verdes, y rubia, además no hablaba castellano... Su ingreso constituyó un gran desafío a la UCV para la época, y este hecho se convirtió en un gran acontecimiento en la Caracas aldeana, fresca y estudiantil.

Según cuenta en su entrevista a Lya la periodista Ana Mercedes Pérez (1967: 374), fue tal el alboroto el día de su inscripción que el Rector abandonó su despacho y la condujo en un automóvil hasta su casa.

La progenitura femenina de los estudios médicos en Venezuela requiere cierta introducción. Sonia Hecker (2005: 21-23), al estudiar el caso de Sara Bendahan, nos brinda datos muy valiosos sobre el particular. La primera venezolana que intentó ser médica fue Virginia Pereira Álvarez, quien ingresó en la Facultad de Medicina en 1911. Cuando fue cerrada la universidad por razones políticas (la huelga de los estudiantes que solicitaban la renuncia del ministro Felipe Guevara Rojas en 1912), Virginia se trasladó a Filadelfia y egresó en 1920 del Women's College of Pennsylvania. Regresó a Venezuela en 1938 y fue fundadora de la Sociedad Venezolana de Bacteriología, Parasitología y Medicina Tropical, pero no se sintió bien recibida y regresó a Estados Unidos donde murió en 1947. Sara Bendahan constituye un antecedente de tinte trágico. Comenzó sus estudios en los años veinte, con buenas calificaciones, pero los innumerables problemas que la acechaban, como la pobreza, la salud física deficiente, y una continua lucha que agotó sus condiciones psicológicas, hicieron que no pudiera

graduarse hasta 1939. Seis años después falleció. Sabíamos de Ida Malekova, madre de Teodoro Petkoff, como una de las primeras en revalidar su título (1929), y que ejerció la medicina en el Centro Azucarero de El Batey (estado Zulia); pero Hecker da cuenta de un caso anterior: Dolores María Pianese de Essá, que lo hizo en 1912. Menciona dos casos más de mujeres que revalidaron sus estudios realizados en el extranjero: Bouca Echkenazi de Kaletcheff en 1931, y Gishline Le Forestier en 1938; que entre estas pioneras haya cuatro mujeres judías (Bendahan, Malekova, Imber y Echkenazi) no hace sino confirmar la tradición de dedicación al estudio de la que Lya era heredera.

Comenta García Arocha (1982: 106) que con ella comenzaron otras dos estudiantes mujeres, que rápidamente abandonaron las aulas del antiguo edificio de la esquina de San Francisco. Probablemente no tenían su fortaleza, pero aun así ella recordó siempre ese difícil primer año de estudios, y las noches de llanto que le costaba el aislamiento en que vivía. En carta a una amiga que había dejado en Europa escribía “He vuelto a quedar sola. Mis únicas posibles amigas venezolanas se han deslizado por estos claustros como las sombras del Dante” (Pérez, 1967: 371).

En suma, Lya Imber fue la única estudiante junto a ochenta y dos varones, y la primera venezolana en iniciar y culminar en el tiempo reglamentario el Doctorado de Medicina de la Universidad Central de Venezuela. Así la retrata Luis Felipe Toro: sentada en primera fila, rodeada de sus compañeros, en un corredor del Hospital Vargas, sonrío a la cámara del celebre “torito”, autor de buena parte de la gráfica venezolana de aquellos tiempos, pionero del reporterismo gráfico en *El Cojo Ilustrado* y en los más importantes diarios de la época.

Yo, Lya Imberg, rumana

La Universidad Central de Venezuela otorgó el título de Doctor en Ciencias Médicas hasta 1946. Posteriormente el título comenzó a ser, hasta la actualidad, el de Médico Cirujano. Los requisitos eran entonces finalizar los estudios de medicina, aprobar el examen integral, y presentar una Tesis de Grado ante un jurado de tres profesores (Colmenares *et al*, 2008). El expediente de la alumna Lya Imberg, distinguido con el número cuarenta del año 1936, nos revela algunos datos interesantes. En primer lugar, originalmente la grafía del apellido incluía una g final, que posteriormente desapareció (probablemente porque en “venezolano” la consonante final

se aspiraba y, para evitar confusiones, los interesados la eliminaron; no es algo infrecuente este tipo de modificación en los apellidos con pronunciación extranjera). El apellido materno, Baru, no consta en el expediente, pero –como nos señaló Jacobo Rubinstein– no es apellido judío, y lo más probable es que fuese Baruj o Baruch, y que perdiera la terminación en consonante por las mismas razones.

El examen integral fue presentado ante los profesores Félix Luciani, A. Borjas, H. Cuenca, R. Blanch y J.R. Blanco Gasperi, y la comisión encargada de estudiar la tesis estuvo integrada por los profesores J.L. Baldó, Leopoldo Aguerrevere y Gustavo Henrique Machado, quien sería para Lya un mentor. Los testigos del certificado de buena conducta, requisito para la solicitud de grado, fueron los abogados Francisco Meaño y Domingo Antonio Coronil, este último hermano de Fernando Rubén. La calificación final fue de veinte puntos.

La tesis se titulaba “Ensayo de estadística de mortalidad infantil por tuberculosis en los niños de Caracas”, y fue dedicada a las siguientes personas:

A mis padres y hermana

A mi compañero F.R. Coronil

A los doctores Alberto J. Fernández, Gustavo Machado y Jesús R. Rísquez.

A mis amigos y maestros del Viejo Mundo.

Pudiéramos decir que recogía en aquellos nombres sus más importantes afectos y agradecimientos: su familia directa, su futuro marido, y entre los profesores, a dos de quienes fueron más significativos en los comienzos de su carrera médica: Gustavo Henrique Machado y Alberto J. Fernández, a quien habíamos mencionado como una de las primeras personas que conoció recién llegada al país. Pero no puede eludirse el recordatorio de esos “amigos y maestros del Viejo Mundo”, que difícilmente sabrían de ella, y menos de la tesis, pertenecientes a la primera parte de su existencia, sus años de formación juvenil, y sus recuerdos y nostalgias europeas, ciertamente muy traumáticas, pero que, al mismo tiempo, y quizá por eso mismo, constituían un fondo de emociones al que no podía renunciar. De la inmensa cantidad de recuerdos y memorabilia de una vida llena de acontecimientos académicos y profesionales, Lya no parece haber sido una muy constante coleccionista, demasiado ocupada en sus quehaceres presentes como para dedicarse a su registro, que a veces encomendaba a María Elena; sin embargo, no por azar quedaron en sus archivos un buen número de postales que le enviaba su amiga

Bera. Una de ellas, particularmente emotiva, hace mención de la grave enfermedad de su hermano pequeño como la razón principal por la que no había tenido tiempo de escribir más a menudo a su amiga Lilly. Esa postal que representa una escena de Ben Hur (no sabemos si en teatro o en ópera), enviada a Chisinau en 1928, y que precisamente habla de la enfermedad de un niño, como una premonición de lo que sería en el futuro su más profunda preocupación, es sin duda una huella del mundo de afectos de los que había tenido que separarse cuando se embarcó hacia Venezuela.

En cuanto a los otros graduandos de esa promoción de 1936 algunos nombres saltan a la vista como figuras señeras de la medicina venezolana con los que mantendría una constante amistad. A Humberto García Arocha añadimos ahora los nombres de Simón Gómez Malaret, Pablo Izaguirre, José Tomas Jiménez Arráiz, Manuel Méndez Gimón, Francisco Montbrún, y Joel Valencia Parpacén –“lo quise como un hermano; hoy es mi extraordinario vecino”–, “Monseñor” Augusto Márquez, Rafael Rísquez Iribarren, entre otros

Como muchos europeos orientales Lya hablaba varias lenguas: el ruso materno, el francés del liceo, el rumano de su segunda patria, nociones de alemán, y posiblemente comprendía el *idisch*. Otra anécdota del profesor de Anatomía cuenta que éste le dijo que cuando llegara el examen final no podría presentarlo porque no hablaba castellano, a lo que Lya respondió que para entonces lo hablaría. Y así fue, pronto dominó el idioma a la perfección, conservando un ligero acento que denotaba que no era su primera lengua. También adquirió un razonable manejo del inglés durante una larga temporada que pasaron en Londres, cuando María Elena terminó la universidad y Fernando el bachillerato.

Con la presentación de esa tesis en julio de 1936 culminaba el periplo de seis años, desde que en septiembre de 1930 había introducido su solicitud de inscripción ante el Rector de la Universidad Central de Venezuela.

Yo, Lya Imberg, rumana, ruego a Ud. se sirva hacerme inscribir entre los aspirantes a cursar el primer año del Curso de Doctor en Filosofía y Letras. Acompaño los documentos de Ley.

No podemos determinar la razón de esta inscripción en Filosofía y Letras; pudo ser un paso administrativo previo para su posterior traslado a la Facultad de Medicina, pero también una duda inicial en cuanto a su porvenir. Sofía cuenta que las

humanidades habían sido su primer interés cuando terminó el bachillerato, y Lya, en la entrevista con Ana Mercedes Pérez, parece confirmarlo (1967: 376). “La verdad es que quise estudiar humanidades, pero esa facultad no la había en la universidad, entonces opté por medicina, a la que me entregué con pasión”. Ciertamente fue en 1946 cuando Mariano Picón Salas transformó la Facultad de Filosofía y Letras en Facultad de Humanidades y Educación, pero aun así es lícito pensar que su vocación de servicio la inclinó más a la medicina que a la filosofía.

Consigna la aspirante un Diploma de Bachiller expedido por el Ministerio de Instrucción de Rumania, cuya equivalencia por el certificado oficial de Suficiencia de Instrucción Secundaria venezolano reconoce el Consejo de Instrucción de los Estados Unidos de Venezuela en fecha 12 de noviembre de 1930, autorizando su inscripción en el primer año del Curso de Filosofía y Letras. Así mismo, con fecha del 13 de noviembre del mismo año, el Secretario de la Universidad Central de Venezuela hace constar “un documento en lengua rumana vertido al español”; es decir, la citada certificación de nacimiento de M. de J. Rabino de Soroco.

Nos, el Rabino de estado del distrito Soroco en vista de la certificación de los habitantes de la ciudad de Soroco de 22 de mayo de 1922, certificamos que en la casa de Noun Imberg y de su mujer Ana nació en el mes de mayo de 1912, el día 5, en la villa de Odessa, una hija suya llamada Lya. Rabino de estado. Constancia que expido a partir de parte interesada y de orden del ciudadano rector en Caracas, a 13 de noviembre de 1930.

Contra los pronósticos de su profesor de Anatomía, que no era otro que el famoso y temido Pepe Izquierdo, lo había logrado. Después de los primeros exámenes el maestro tuvo que reconocer que la bachiller Imber era la más destacada, y en premio, y probablemente a modo de desagravio, le regaló los textos de Testut, escritos en francés, y considerados entonces la biblia del conocimiento anatómico. Quizá Lya tuvo que morderse los labios para dar las gracias, pero los recibió de buen grado; eran tan necesarios como costosos. Curiosamente Sofía recuerda con mucha simpatía al doctor Izquierdo, que era muy amable con ella cuando la veía llegar a la Universidad a reunirse con su hermana.

Otra anécdota de estos tiempos de estudiante habla de las “bromas”, por llamarlas de alguna manera, de sus compañeros que se divertían metiendo en su cartera

órganos masculinos de cadáveres o llevando latas para orinar en prueba de que sólo había varones en aquella facultad. Son las mismas que relata Francisco Montbrún a propósito de Sara Bendahan. “Le hacían cosas tremendas. Le ponían piezas de cadáver en la cartera. Una mañana la vi en el comedor del hospital, una de las sillas estaba un poco hundida, la llenaron con agua y la hicieron sentarse sin que ella se diera cuenta”. José Rojas Contreras, de la misma promoción de Sara, agrega: “No se veía con simpatía por la comunidad que una mujer estudiara medicina” (Hecker, 2005: 79-80). Más banales eran los comunes intentos de seducción o la consabida chanza de enseñarle groserías a quien todavía no maneja el idioma.

Lya había conocido el trato discriminatorio en Rumania, y fue su padre quien la ayudó a sobreponerse a aquellos ataques del antisemitismo. Ahora le tocaba el “machismo criollo”, pero probablemente esa misma fortaleza adquirida muy joven la llevó a seguir estudiando sin detenerse demasiado en las tonterías ajenas. De todas maneras, cuando se casó con Fernando Rubén Coronil, su condiscípulo, quien con el tiempo fue un prestigioso cirujano y profesor, miembro de la Academia Nacional de Medicina, las bromitas terminaron. Pero no fue solamente el matrimonio. Lya sabía ganarse el respeto. En una oportunidad un compañero le ensució deliberadamente el vestido, y su encendida protesta llegó a oídos del Rector (pensamos que era Placido Rodríguez Rivero). Éste, de nuevo en funciones de salvador de aquella peculiar alumna, la hace llamar para que declare el nombre del culpable. La alumna responde: “dígame al Rector que yo he venido a la universidad a estudiar y no para ser espía de mis compañeros” (Pérez, 1967: 372).

No solamente como estudiante, sino luego como profesional en una sociedad en la que todavía era muy raro, y casi improcedente, que una mujer casada y con hijos trabajara fuera del hogar, Lya se impuso gracias a su liderazgo nato. Así opinan sus cercanos colaboradores: la doctora Zaira de Andrade y el doctor José Francisco, quien la recuerda en el Hospital de Niños quitando con sus manos un cartelito que decía: “Prohibida la entrada de mujeres con pantalones”. Diera la impresión de que Lya Imber estaba dispuesta a impedir que en una vida que había comenzado con tan grandes contratiempos se interpusieran después obstáculos tan menores.

EL SUEÑO DE LA MODERNIDAD

“Lya encarnó el sueño de la modernidad” dice Elisa Lerner. La frase es rotunda pero plenamente justificada. Veamos algunas consideraciones sobre el período (Segnini, 1997: 156-161). Cuando los Imber llegaron a Venezuela la población escasamente superaba los tres millones de habitantes; aproximadamente el setenta por ciento era analfabeta. Sin embargo, la Caracas que los recibe tenía ocho cines, seis periódicos y seis revistas; entre ellas *Elite*, la más importante y en la que escribieron la mayor parte de los intelectuales de la época. Comenzaba la radio con la emisora comercial YV 1B-C, que luego se transformaría en Radio Caracas. La actividad intelectual para la generación de 1928 era sobre todo una acción de pequeños grupos, uno de los cuales tuvo una enorme repercusión en la vida cultural de entonces, y se extendió por muchas décadas. Se trata del Ateneo de Caracas que nació en la casa de la pianista María Luisa Escobar en 1931. El Ateneo comienza a generar una práctica cultural institucionalizada distinta a la que los venezolanos habían hasta ese momento conocido. En su agenda se dan cita distintas manifestaciones y una heterogénea composición en la que alternan las damas de la sociedad con la intelectualidad oficialista, los artistas no vinculados con el régimen gomecista e incluso algunos que pudieran ser considerados enemigos de la dictadura. En el periodo 1932-1933 encontramos nombres de ateneístas que pronto formarán parte de la vida de Lya: la Comisión de Ciencias Médicas estaba integrada, entre otros, por José Ignacio Baldó, Gustavo Henrique Machado, Félix Lairret, Juan Ricardo Blanch, sus profesores y examinadores de tesis. Su futura cuñada, Josefina Coronil, participa en una obra teatral de Domingo Antonio Narváez, a beneficio de los damnificados por un ciclón en la zona oriental.

En esa aspiración de modernidad que Venezuela comienza a plantear como propuesta política eran signos fundamentales la presencia de la mujer, y la integración de los emigrantes. Lya conjugaba ambos. Como afirma Elisa Lerner (1984: 183-184)

[Con la muerte de Gómez] empezará, también, el período auroral para que la mujer venezolana comience a tener destino propio, domicilio en el mundo ... Una de las primeras en graduarse de ingeniería en la prensa es saludada con el fervor que, aún hoy

en día, se saluda a alguna valiente muchacha rusa que cambia el domestico espejo por el más vasto de los espacios.

Sin duda que la graduación de Lya fue noticia y la prensa quiso brindarle cobertura al hecho, pero ella se negó rotundamente. “No tenía nada que decir, era tan ignorante como mis compañeros. Hoy es distinto, he luchado, he vivido, he sentido los problemas de esta mi segunda patria. Hoy puedo hablar” (Pérez, 1967: 374).

Anota Rafael Cartay (2003: 166-167) que la abogada Luisa Amelia Pérez Perozo –que había compartido con Lya la soledad (o el privilegio) de ser las únicas mujeres en las aulas ucevistas–, en un artículo publicado en 1936 en *El País* de Maracaibo, invitaba a las mujeres a estudiar en la universidad: “demuestren a sus compañeros universitarios que nada las arredra, que respetan sin temor, que sostienen sus ideas con todo valor y que enseñen a los incrédulos y desconfiados que la tribuna del paraninfo también se hizo para la mujer”. Y es que hasta 1941 sólo cinco mujeres habían egresado de la Universidad Central de Venezuela. Dice Yolanda Segnini (1987: 180):

La sed femenina de conocimientos no les es dado [a las mujeres] saciarla en las aulas universitarias –no se estila. Ese recinto está tradicionalmente reservado para los hombres y, por lo demás, para muy pocos hombres. En efecto, la Universidad Central de Venezuela cuenta con una asistencia media que escasamente alcanza la cifra de 500 estudiantes distribuidos entre las escuelas de Medicina, Derecho, Ingeniería, Farmacia y Odontología. Estas áreas, durante las décadas iniciales del siglo XX, están vedadas para una mujer, cuyas posibilidades de educación formal se reducen a la instrucción que puedan adquirir en los colegios, o en las escuelas de corte y costura, de Música y declamación, y de artes plásticas, existentes para la época.

Gioconda Espina (2003) señala que lo novedoso no fue la participación política de las mujeres, que ya venían dedicándose a la búsqueda de familiares y desaparecidos, y al apoyo de los perseguidos por el régimen gomecista, sino el hecho de que, a partir de la muerte de Gómez, la organización de mujeres se hace pública. No puede dejarse de lado que fueron las integrantes de las primeras asociaciones de mujeres las que pocos meses después de la muerte de Gómez se dirigieron en carta pública a su sucesor, general Eleazar López Contreras, en demanda de mejoras y protección para las madres y niños venezolanos, y por su presión lograron que la Ley del Trabajo de 1936 previera la protección a la madre trabajadora, los permisos pre y postnatales de seis semanas, y la

igualdad de sueldos y salarios para trabajos iguales realizados por hombres y mujeres. Integraron también una comisión para solicitar la reforma del Código Civil, discutida en las reuniones del Ateneo de Caracas, y lograron algunas reformas en los artículos referidos a la patria potestad y los bienes de la sociedad conyugal que aparecieron en la reforma de 1942, aunque quedaron pendientes hasta 1947 los derechos políticos plenos de las mujeres.

De las organizaciones creadas en esos años destacan dos: la Asociación Cultural Femenina y la Asociación Venezolana de Mujeres; con ambas Lya mantendría relaciones por distintas razones. Las fundadoras de la primera continuaron siendo protagonistas durante varias décadas: Carmen Clemente Travieso, Cecilia Pimentel, Luisa del Valle Silva, Alida Planchart, Mercedes Fermín, entre otras. Esa Asociación creó, entre otras instituciones, la Casa de la Obrera, y en ella Lya dio un ciclo de conferencias con el asombroso título: “La necesidad de la educación sexual de la mujer”. Ciertamente un tema insólito en aquellos tiempos que demostraba una decidida actitud de plantear los problemas sin subterfugios.

Aun cuando Lya nunca perteneció a estas agrupaciones compartió con aquellas pioneras una cierta visión del país que ellas denunciaban. Una de sus grandes amigas fue Josefina Juliac de Palacios, editora con Ana Senior, Josefa Ernst y Carmen Clemente Travieso durante diez años, entre 1937 y 1948, de la página “Cultura de la Mujer” en el diario *Ahora*; en ella se iniciaron como periodistas Ana Luisa Llovera, Josefina Calcaño y María Teresa Castillo, quien junto a Miguel Otero Silva formó parte del círculo de amistad de los Coronil. La Asociación Venezolana de Mujeres, fundada por Ada Pérez Guevara, creó varias instituciones dedicadas a la protección de la infancia y de la mujer, con cuyos propósitos evidentemente Lya tenía una identificación. Estas instituciones fueron la Casa de Observación de Menores, dos casas hogar para niños abandonados (uno de los temas recurrentes en sus escritos), dos jardines de infancia y la Casa de Protección Prenatal “María Teresa Toro”, en la que nacieron más de seiscientos venezolanos antes de que se creara la Maternidad Concepción Palacios; en ella trabajó como pediatra *ad honorem* entre 1937 y 1940; más adelante, en 1955, fue directora del Curso de Educación para Madres que organizó la misma Asociación. También prestó sus servicios médicos en otras instituciones similares como fueron la Casa Cuna Sucre y la Casa Hogar María Antonia Bolívar; esta última fundada en 1936 por Carmen Lecuna de García Vallenilla con la finalidad de albergar a niñas de escasos recursos. A la acción de quienes ponían en la escena pública el estado de necesidad de

la infancia, la joven médica, con discreción, y como en la retaguardia, aportaba sus conocimientos profesionales.

Ciertamente Lya Imber formó parte de esta generación de mujeres que se entregaron en sus distintas profesiones y conocimientos a lo que Lerner denomina “la redención de un mundo moderno”. Su nombre se inscribe en pleno derecho junto al de la periodista Carmen Clemente Travieso –primera reportera del país–; la escritora Ada Pérez Guevara –escritora y activista feminista, que también escribía libros de puericultura–; la abogada Panchita Soubllette –protagonista de la primera reforma del Código Civil– y la trabajadora cultural María Teresa Castillo, por citar solamente algunas de las mujeres venezolanas que inauguraron territorios de la civilidad.

Veamos también otro referente de la modernidad, como fue la urbanización. A comienzos de la década de los treinta –señala Arturo Almandoz (2004)– Venezuela era ya considerada el primer exportador y el segundo productor mundial de petróleo. La expansión petrolera se vio acompañada por la inmigración externa, al mismo tiempo que se produjeron los movimientos migratorios desde las regiones rurales hacia los epicentros de la explotación petrolera, es decir, tuvo lugar la violenta urbanización de un país predominantemente rural con una urbanización del treinta y cinco por ciento. Indica Rafael Cartay (2003: 40 y ss.) que después de 1936 se crean la totalidad de los organismos consultivos del Ejecutivo. Caracas inicia su remodelación bajo el impulso del gobernador Elbano Mibelli, fundador de la Dirección de Urbanismo. “Comenzaba así la preocupación oficial por el urbanismo nacional en el siglo XX”. La ciudad se extiende hacia el este; en primer lugar hacia Los Chorros, gracias a los planes de urbanización de las viejas haciendas iniciados por Santiago Álvarez Michaud. A partir especialmente de los años treinta se aprueban los proyectos de más de diez urbanizaciones, y en 1952 encontramos al valle de Caracas prácticamente edificado.

Lya, nos cuenta María Elena, sentía una viva curiosidad por aquella ciudad que ahora era la suya; le gustaba recorrer las urbanizaciones en automóvil y mirar hacia las nuevas construcciones para identificar –en aquella Caracas en la que todos se conocían– las casas de sus amigos y allegados. En esa mirada que conserva un cierto rasgo de extranjería reconocemos el asombro y la expectativa de quien ha sido testigo de la transformación de una ciudad-aldea en una urbe moderna.

Pero no solamente se trataba de una transformación del espacio exterior. A la muerte de Juan Vicente Gómez quedaba el país en un cuadro social lamentable bien conocido. En verdad Lya estrenaba su título de médica en el país de las *Casas muertas*,

del paludismo y la tuberculosis, el hambre y la muerte prematura. Con razón su tesis doctoral versó sobre la mortalidad infantil por tuberculosis. Aquel país pobre y enfermo era seguramente una sorpresa para los emigrantes europeos, que quizás esperaban otra realidad de la riqueza prometida en América. Alicia Freilich cuenta que su padre no le permitía a su madre montar en tranvía por temor al contagio de la sífilis. Todo hace suponer que la desastrosa situación de la salud pública tuvo un fuerte impacto en la joven Lya. “En cuanto a las motivaciones para su actuación, yo creo –dice Zaira de Andrade– que cuando ella llega a este país se encuentra con una Venezuela muy rural, con muchas carencias, depauperada por estar saliendo de una larga dictadura”.

Veamos algunas cifras (DHV, III: 1041; II: 67 y 795). En diciembre de 1935 había en Venezuela tres mil seiscientos cuarenta y cuatro camas en cincuenta y un hospitales. El promedio de vida era de treinta y cinco años (otros dan cuarenta y uno para mujeres y treinta y ocho para hombres). La mortalidad infantil era de ciento veintitrés por mil nacidos vivos en el primer año de vida (algunos dan la cifra de ciento cincuenta). La malaria cubría el cincuenta por ciento de la superficie del país, y eran endémicas la fiebre amarilla y la anquilostomiasis, además del flagelo de la tuberculosis.

Apunta Cartay (2003: 164) que

A partir de 1936 los gobernantes se volvieron, empujados por los movimientos populares emergentes y la constitución de una opinión pública más activa, más sensibles a las necesidades del pueblo y dedicaron, en la medida en que crecían los ingresos petroleros, cantidades mayores del presupuesto público para intentar mejorar el bienestar colectivo.

El año 1936 fue el punto de inflexión. Una vez presidente Eleazar López Contreras crea el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social; hasta ese momento en materia de salud solamente existía la Oficina de Salubridad, vinculada al Ministerio de Agricultura y Cría, lo que no deja de ser elocuente en cuanto a la visión que se tenía de la población. Fue su primer ministro Enrique Tejera, quien asigna a Pastor Oropeza la creación de un Servicio Nacional de Puericultura y Pediatría inaugurado en junio de 1936, que luego sería la División Materno Infantil. Entre 1936 y 1940 se crearon las cinco principales instituciones para la salud y protección de la infancia; el Consejo Venezolano del Niño (1936); el Hospital de Niños J.M. de los Ríos (1937); el Instituto

Nacional de Puericultura y Pediatría (1939); la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría (1939); y la Cátedra de Pediatría de la Universidad Central de Venezuela (1940). En todas ellas participó activamente Lya Imber, como veremos a continuación.

En 1936 Francisco Antonio Rísquez realiza la Cruzada Venezolana Sanitaria Social, y en 1938 tuvieron lugar el I Congreso Venezolano del Niño y el I Congreso de Tuberculosis. En 1940 se crea la Escuela Nacional de Enfermeras. Otras instituciones médicas aparecen en este período, tal como el primer puesto de socorro de Santa Teresa, el Instituto de Oncología Luis Razetti, el Hospital Carlos J. Bello de la Cruz Roja Venezolana, la Maternidad Concepción Palacios, y el Seguro Social Obligatorio. Los efectos se dejan rápidamente sentir. Para fines de la década de los treinta bajan sensiblemente los índices de mortalidad infantil y materna, así como la incidencia de la tuberculosis y la malaria. La población ha crecido a tres millones ochocientos cincuenta mil habitantes (aproximadamente un veintiocho por ciento), y la expectativa de vida sube a cuarenta y seis, en diez años superior a la de 1935. El aumento poblacional se debe fundamentalmente al mejoramiento de las condiciones de salud, ya que en esos años no se hicieron esfuerzos por aumentar la inmigración; entre 1936 y 1940 llegaron solamente unas veintiocho mil personas.

A la fuerza de la juventud y de su profunda motivación interior para remediar el sufrimiento, Lya añadía la expectativa de un país renovado que se levantaba de años perdidos en materia social. En esas décadas de los años treinta y cuarenta Venezuela comenzó el retrasado camino de las políticas públicas modernas. Era, si se quiere, un momento ideal para emprender e innovar.

LYA Y RUBÉN

Lya Imber y Fernando Rubén Coronil contrajeron matrimonio en Caracas el 25 de marzo de 1938. Lya define su decisión con estas palabras ajenas a cualquier concesión romántica: “Rubén venía a mi casa con cualquier pretexto y nos dimos cuenta que nos amábamos. Decidimos casarnos” (Pérez, 1967: 373). Otros pretendientes quedaron en el camino.

La celebración tuvo lugar sin ceremonia religiosa para resolver el posible conflicto de ritos mixtos. Al respecto María Elena cuenta una simpática anécdota que a su abuela le gustaba repetir: “Si señorita Coronil trae cura, yo llevo rabino”. Se refería a Josefina Coronil, hermana mayor de Rubén. El diario *El Universal* (26 de marzo, 1938) resaltó el acto con una reseña que, por el cándido estilo de la época, merece ser citado como una joya de la crónica social; género que había comenzado a proliferar durante los últimos años del gomecismo tanto en la prensa como en las revistas.

En la mañana de ayer contrajeron matrimonio la señorita doctora Lya Imber y el señor doctor Fernando R. Coronil, ambos contrayentes miembros muy distinguidos de nuestro mundo científico e intelectual.

La boda fue celebrada en la intimidad de la familia en el hogar del señor Naum Imber y señora Anna de Imber, padres de la desposada.

Esta lució un elegante y sencillo traje de tul estilo *soleil du matin* estampado en dibujos *cirés*, muy ceñido al cuerpo, mangas cortas en bombas y adornado en el frente con una hilera de botoncitos de plata.

El velo de tul labrado era corto atrás y de cada lado de este se desprendían las bandas que caían a manera de cola. En la cabeza llevaba un ramo de violetas de Parma y azahares.

Un precioso bouquet de violetas y gardenias creación de la señorita Josefina Coronil completaba esta preciosa *toilette* de desposada.

Los esposos Coronil Imber partieron para Macuto donde pasarán breves días.

El matrimonio del “señor doctor” y de la “señorita doctora” no era, sin duda, una noticia común. Lya y Rubén estaban inaugurando un estilo de vida (y de pareja) que se adelantaba a las convenciones de la clase media de entonces: una pareja de compañeros de estudios, de trabajo y de vocación, que se unía en un simple acto civil, y que a partir

de ahora, después de una modesta luna de miel, combinaría sus responsabilidades profesionales con las escenas domésticas y el cuidado de los hijos por venir.

Con Lya y Rubén se unían dos culturas muy distintas. Los Imber, una pequeña familia de emigrantes y los Coronil, que vivían en las costumbres de la familia extendida venezolana compuesta por la madre, dos tías, nueve hermanos, e innumerables primos y tíos. Vivían en La Florida, en una casa grande y sin lujos en la que siempre llegaba alguien inesperadamente a almorzar, y reunía a más de cien personas para Navidad. Una familia de destacados profesionales –médicos, abogados, políticos–, incluidas las hermanas: Josefina, activa presencia cultural y profesora de la Escuela de Artes y Oficios, en la que después Lya tendría actividades docentes; y María Enriqueta, la Nena, fundadora de la primera Escuela Nacional de Ballet. Al mismo tiempo una familia abierta a las creencias, las ideologías, las nacionalidades diferentes, ajena a los prejuicios, que recibió plenamente a Lya y a los suyos. Aunque muy religiosos, como también los Imber, el respeto y la amplitud fueron la norma para todos.

Además de haber sido condiscípulos Lya y Rubén llegaron juntos al Hospital Municipal de Niños en 1937. Fue Rubén quien organizó el servicio pediátrico quirúrgico, ya que por falta de especialistas los cirujanos eran “préstamos” del Hospital Vargas donde trabajaba. Fue también el primer jefe del Servicio de Cirugía y el segundo director *ad honorem* del hospital en 1943, en sustitución de Gustavo Henrique Machado. Asimismo formó por muchos años parte del equipo docente.

Recién casados compartieron la vivienda con Nahum y Ana (Pap y Mam para los nietos), en la casa de Glorieta a Pilita, en cuyo frente Elisa Lerner recuerda una pequeña placa que decía “Dra. Lya Imber de Coronil”. Poco después se mudaron a La Florida, donde nacieron María Elena en 1941, y Fernando en 1946. Seguían la corriente urbana de los años cuarenta cuando comenzaba el éxodo de la burguesía caraqueña a las nuevas urbanizaciones promovidas por Luis Roche, Santiago Alfonzo Rivas, y Juan Bernardo Arismendi: La Florida, Country Club, La Campiña, Campo Alegre, Los Palos Grandes, Los Chorros. En la quinta Lyechka de la avenida Los Pinos de La Florida vivieron hasta 1974, año en que se trasladaron a una casa de la urbanización Altamira, donde transcurrió el resto de su vida. En ella el rabino Pinchas Brenner rezó el *kaddish* de Mam en 1975; mudada con los Coronil, casi a la fuerza porque siempre había querido permanecer en su modesta vivienda de Glorieta a Pilita. Allí había fallecido Pap, atendido por Lya y Rubén hasta el último momento. Una persona que transmitía “una forma de estar en el mundo pausada, profunda, calmada y generosa”, para

Fernando similar a la de Lya. Un hombre también alegre, al que le gustaba bailar con música rusa para el disfrute de sus nietos hasta que se vio obligado a usar un bastón con puño de marfil que Lya guardó y utilizó cuando ella misma lo necesitó al final de su vida.

Los Coronil tampoco habían deseado la mudanza de su querida quinta Lyeckha, pero las transformaciones urbanísticas de la ciudad comenzaron a hacerla poco apropiada. Rubén, nos cuenta Fernando, confió en Lya para la adquisición de la nueva vivienda. “Creo que papá tenía confianza plena en el juicio de mamá, no sólo para lo doméstico, sino para muchas cosas profesionales o personales”. Esto, añade, no era insignificante porque como con frecuencia ocurre con los cirujanos, y más en el caso de la notoriedad del doctor Coronil, suelen ser tratados como una suerte de dios infalible.

Lya y Rubén fueron magníficos anfitriones, y en sus reuniones se mezclaban los más variados personajes de la Caracas intelectual y académica. Zaira de Andrade nos dice así:

Hacía reuniones sociales en su casa, sumamente gratas, con la intención de unir a los colegas y relacionarlos más. La Dra. Lya, por su conciencia social y posiblemente por su experiencia política, antes de llegar a Venezuela, tenía una mente sumamente amplia, era totalmente abierta al juego de las ideas, era respetuosa con las diferencias de opinión y defendía sus propias ideas con una absoluta libertad, a veces sin precauciones.

También José Francisco, uno de los asiduos invitados, comenta la variedad de sectores sociales que allí se reunía. Anita Molina todavía añora la torta de chocolate con nueces. Elisa Lerner se inclina por la torta de miel, “una torta muy judía”, cuya factura Lya orgullosamente reclamó: “Esa torta la hice yo”. Y es que, en realidad, ella no podía dedicar demasiado tiempo a esos quehaceres aunque también le gustaran, especialmente preparar cenas para la familia y los amigos. En el citado libro *Las recetas de Mam* no aparecen recetas de su autoría sino las de sus amistades: Olga de García Arocha, Mercedes Pardo de Otero, Josefina Palacios, Frida Silberg, Beatriz de Valencia, Isaac J. Pardo, entre otros. Muchos años después escribió el prólogo de *Cocinar es muy sabroso* (1982), libro de recetas para niños de Ana Rodríguez y Jorge Blanco; su segunda intervención en temas culinarios.

Acerca de esta contradicción entre su gusto por la hospitalidad y su agenda de trabajo, cuenta María Elena una anécdota famosa en la familia: en una oportunidad Lya

invitó a unas amigas de su madre a tomar té, y ante el agrado de las invitadas por la ocasión, les dijo: “vengan cuando quieran, yo nunca estoy en casa”. Suponemos el desconcierto de las damas.

La hospitalidad de los Coronil iba más allá de lo que comúnmente se entiende por ello. Nos referimos a que su casa estuvo abierta para personas que por distintas razones la necesitaban y la habitaron por largo tiempo: amigos, perseguidos políticos, y algunos casos muy cercanos a los afectos de Lya: niños abandonados a los que no podía proveer de hogar. Uno de ellos, sobre el cual escribió un artículo de prensa llamándolo “el caso XX”, era un niño de doce años que presentaba trastornos graves de conducta y asma; ingresado el hospital, su sintomatología mejoró pero no había dónde colocarlo; provenía de un hogar abandonante y maltratador. Lya lo acogió en su casa, y después se ocupó de darle medios para que pudiera mantenerse hasta que estuviese en edad de trabajar. Llegado el momento de su enfermedad tomó provisiones para que le siguiera llegando dinero hasta que lo necesitara. Probablemente no fue el único –recuerda Anita Molina–, pero sí alguien de quien se sabe que con el tiempo logró ser una persona de trabajo y padre responsable; sin duda gracias a Lya, a quien llamaba abuela.

Fueron también los Coronil grandes viajeros hasta los últimos días de Lya. Probablemente tuvieron a París como destino favorito, y, aun cuando disfrutaba enormemente del arte, y con seguridad reservaba tiempo para los museos, lo que apasionaba a Lya de aquellos viajes a Europa era poder saber todo lo nuevo que estaba ocurriendo en la pediatría. En Francia hizo amistades fundamentales para su posterior trabajo en Venezuela, que comentaremos más adelante; entre ellas Pierre Vellay, el promotor del parto sin dolor, y su esposa Aline, en cuya casa con frecuencia se alojaba. Era difícil para ella viajar con el ánimo del que solamente quiere pasarlo bien; aquel “viejo mundo” que recordaba en su dedicatoria era sobre todo una fuente de conocimiento y experiencia más importante que cualquier visita turística.

Hicieron muchos viajes con María Elena y Fernando; uno de ellos a raíz de un primer cáncer que hizo pensar a Rubén que no le quedaría mucho tiempo, y quiso que disfrutara todo lo posible; aunque afortunadamente sobrevivió a su enfermedad por muchos años. También con motivo de reunirse con Sofía, casada entonces con el escritor Guillermo Meneses, cuyos cuatro hijos fueron adoración de Lya, y a su vez ella constituyó para ellos una fuente de afecto y de admiración. Para Sara Meneses su ejemplo fue orientador en su vida personal y profesional; la recuerda como alguien que podía adivinar lo que le gustaba o necesitaba. Alguien, que junto a Rubén, estaba

siempre atenta para brindar una ayuda. Tanto como viajar a Europa para facilitar el viaje de los Meneses Imber con la recién nacida Adriana, o alojarlos mientras encontraban nueva vivienda en Venezuela. Durante un largo tiempo, cuenta Sara, su padre fue huésped en la casa de los Coronil, y Lya lo cuidó y lo quiso mucho. Es gracioso que Lya y Guillermo Meneses, cuñados y también amigos, se hablaran de usted; en cada celebración de año nuevo se prometían pasar al tuteo, pero dadas las doce y media, regresaban al “usted”. Adriana piensa que Lya lograba hacer que todo el mundo se sintiera “especial”, como la persona más querida. Fue para ella “un territorio seguro y lleno de amor” que servía de consuelo en las contradicciones de la adolescencia, y de alegría en las emociones de la infancia. Todos coinciden en que entre Lya y Sofía existió una relación de absoluta intimidad, marcada por el sesgo maternal que Lya, varios años mayor, sentía por su hermana pequeña. Y todos coinciden también en que cuando querían conversar sin oídos indiscretos recurrían al ruso.

En un sabático que pasaron en Londres Rubén y Lya tomaron cursos de inglés, pero fue Lya la que más aprendió porque se comunicaba libremente con la gente. Esos viajes confirmaban para Fernando la visión de que Lya vivía en dos mundos: Venezuela y un mundo anterior, que solamente era de ella, y del que poco o nada hablaba, como si no pudiera comunicarlo en otra lengua. Disfrutaba cada momento en Europa, y en pocos segundos podía reconocer si su interlocutor era de origen ruso para entablar una conversación en su primera lengua, o también deleitarse en los restaurantes rusos de París para comer platos típicos. “Tal vez como toda exiliada, mamá no se sentía en casa en ninguna parte, a la vez que sabía hacer casa en todas partes”, pero en todo caso, de aquellos viajes regresaba llena de vitalidad, de exquisiteces para compartir con la familia, y de libros y revistas para estar al día.

Aun cuando las fotografías de juventud así lo demuestran, no era Lya una persona demasiado atenta al realce de su belleza. Otra anécdota de María Elena sobre ese particular da una respuesta de humor sobre el estilo “femenino” al que no podía dedicarle demasiado interés. Preguntada acerca de porqué se vestía de manera tan simple, contestó: “Desde mañana me doy mi bañito a las diez, y me pongo mi vestidito azul y mi collarcito de perlas que me regaló Rubén y me siento a esperar a mi maridito”. A pesar de su entrega profesional podía también leer revistas frívolas, invitar a los amigos a jugar dominó y a las amigas a jugar canasta, o reservar los sábados para ir a la peluquería con su sobrina Adriana.

Para Lya la vida tenía dos caminos: la familia y la amistad; el trabajo y el conocimiento, a los que daba orden de preferencia de acuerdo a las necesidades del momento. “Es imposible para mí –dice María Elena– imaginarla sin las puertas de sus amigas abiertas siempre, y sus hijos, quienes fueron nuestros primeros amigos junto a los primos. Mamá tenía mucho amor a su alrededor, y excepción hecha de algún que otro aprovechado inevitable, sus amigas sólo fueron para su descanso, para su respeto, para su sosiego y bienestar en las buenas y en las malas. No puedo recordarla sin tener adonde ir, sin sus amigas prestas a estar con ella. Podría decir, sin temor a equivocarme, que así murió. Todas sacaron valor de donde era difícil y hasta su último respiro ahí estuvieron junto a sus más cercanos amigos”.

La imagen que recuerdan quienes compartieron con ella tanto ratos de encuentro como labores profesionales coincide en describirla como una persona sosegada y dulce, receptiva y atenta a los otros, pero, al mismo tiempo reservada con su mundo privado, y de dirección inflexible para las normas colectivas.

Lya y Rubén transmitieron a sus hijos la sensibilidad por el servicio y el conocimiento; María Elena, en la psicología clínica que durante muchos años ejerció en el Hospital de Niños, y Fernando en la investigación antropológica e histórica en la Universidad de Michigan. Tuvieron una infancia un tanto diferente a las de sus amigos. Sin adscripción religiosa, pues sus padres consideraron que esa era una elección que podrían hacer en el futuro, fueron educados en el respeto a la ciencia como una religión superior. En consistencia con sus ideas fueron educados en el Colegio América, fundado por republicanos españoles, y en el liceo Andrés Bello. Vivían muchos ratos de intimidad y diversión con sus padres, siempre “amenazados” por la ocurrencia de alguna urgencia hospitalaria que pudiese alterar el día de playa, pero disfrutando de una compañía atenta a sus intereses y necesidades.

Debían ser desayunos, almuerzos y cenas muy particulares aquellos en los que los niños Coronil Imber escuchaban a sus padres debatir constantemente acerca de los problemas del trabajo, del estado de los hospitales y de la salud pública, como los temas más habituales; para no mencionar lo que era insólito en aquellos años: una mamá con tantas obligaciones fuera de la casa. María Elena afirma haber escuchado la palabra “hospital” todos los días de su vida. Más común, es decir, propio de muchas familias venezolanas de entonces, fue la participación en las marchas contra la dictadura en enero de 1958. Los jóvenes Coronil Imber participaban de la preparación de unos paquetitos de pimienta, o polvo similar, como ingenua defensa contra los embates de la

policía. En una oportunidad Lya llegó de una marcha muy contenta pero sangrando a consecuencia del estallido de una bomba lacrimógena cuyos fragmentos quedaron incrustados en la pierna y Rubén los consideró inoperables.

Cuando los hijos eran pequeños con frecuencia Rubén le cubría las guardias en el hospital, para que Lya pudiera quedarse en casa con ellos, y por teléfono controlaban las prescripciones médicas que ella le iba instruyendo. Tampoco era raro que la doctora Coronil pasara revista médica los domingos. Todo esto que, a los criterios de hoy, nos parece una común solidaridad de pareja, era hacer un nuevo modo de relacionarse en una Venezuela todavía muy apegada a sus costumbres y prejuicios ancestrales. Ambos sabían que compartían la vida con alguien para quien su profesión era de primera importancia y el compromiso que eso significaba.

Recuerda María Elena otro memorable chiste de Lya, y es la respuesta a un periodista que le preguntó “¿Qué se siente al estar casado con un genio?”, a lo que ella respondió: “Pregúnteselo a él”. Pero más allá del humor, Lya vivía con mucha emoción los éxitos profesionales de su marido, maestro de cirujanos, con quien compartió la vida como vocación de servicio. Así festejó su incorporación a la Academia Nacional de Medicina, en 1978, ocasión en la que el diario *El Nacional* le dedicó la “mancheta”.

Fue Lya amorosa abuela de Guillermo Hobaica Coronil y de Mariana Coronil Skurski, a quienes adoraba y era, a su vez, plenamente correspondida. No conoció a su nieta Andrea Coronil, pero sí Rubén, quien falleció en 2004 a los noventa y tres años de edad y pudo disfrutar del inmenso amor de sus tres nietos hasta el final de su vida.

TIEMPOS DE FUNDACIÓN

En realidad el título es inexacto porque Lya Imber fue una fundadora permanente. Cada paso la llevaba a un nuevo proyecto, cada logro le sugería una nueva posibilidad. Al seguir su trayectoria es fácil observar cómo se va desplazando de una institución a otra, a veces en paralelo, según estas se van creando con propósitos similares a los suyos –o ella misma las crea si sus propósitos no encuentran el lugar donde realizarse. Cómo va aprovechando los espacios en los que pueden aplicarse y diseminarse sus ideas, y al mismo tiempo cómo está en permanente búsqueda de renovarlas. Comienza su vida profesional preocupada por la mortalidad infantil –de tan alta incidencia como ya vimos–, investigando sobre la tuberculosis de los niños de Caracas, y la finaliza en las instancias internacionales de protección a la infancia. En el transcurso, un sinfín de afanes, de objetivos conseguidos y otros fracasados, en un camino que a veces parece disperso, pero sólo lo es en sus múltiples vías. El objetivo final es siempre el mismo: la salud integral de la infancia. Según ella misma dirá (Pérez, 1976: 376):

... a medida que ha ido pasando el tiempo me he ido inclinando a los aspectos colectivos de la medicina, es decir, he retornado a lo que anhelaba estudiar, a lo que ha tomado hoy un giro completamente nuevo, como es la protección integral del niño ligada con muchas otras especialidades de la medicina.

Ya desde su primer escrito podemos ver en los comentarios finales de la tesis la preocupación por la prevención y las instituciones médicas adecuadas. Decía que la curabilidad de los niños enfermos de tuberculosis era muy difícil porque no se podía hacer un diagnóstico temprano de la enfermedad debido a la ausencia de los “sanatorios indispensables para el buen tratamiento de la tuberculosis infantil” y la deficiente práctica higieno-dietética que obtenían en sus casas particulares (1936).

En el intento de ordenar una vida tan activa y amplia quizás el lector encuentre mayor beneficio si, en vez de seguir una línea estrictamente cronológica que nos llevaría a constantes solapamientos, separamos los ámbitos de su acción.

Una joven pediatra

En 1936 la pediatría no era una especialidad reconocida en Venezuela. No había posgrados ni cursos especiales, y quienes se dedicaban a ella eran más bien médicos de niños, o médicos que también atendían a niños. Había en ese momento cuatro pediatras con estudios en el exterior, y todos vivían en Caracas: Guillermo Hernández Zozaya, Pastor Oropeza, Gustavo Henrique Machado y Nicolás Cárdenas Farías. Con razón decía Lya que en aquellos tiempos “alrededor de la cuna de un niño enfermo, se reunía la fuerza pediátrica del país”.

Lya entró en la especialidad de la mano de sus dos figuras tutelares: Gustavo Henrique Machado (1897-1968) y Alberto J. Fernández (1892-1949). En 1935, todavía estudiante, se incorporó a la consulta de niños que dirigía el doctor Machado en un dispensario de sanidad situado en la parroquia San Juan, conocido como el servicio del BCG (bacilo de Calmette-Guerin), porque en él se vacunaba a los niños de la tuberculosis. Machado había sido llamado por José Ignacio Baldó para que hiciera una consulta de puericultura y pediatría con los niños que acudían allí para vacunarse. Ese servicio de vacunación fue fundado y dirigido durante varios años por el doctor Fernández, quien había realizado estudios en el Instituto Pasteur de París para capacitarse en la preparación de la vacuna antituberculosa. Doctorado en Italia, a su regreso al país trabajó con José Gregorio Hernández en la cátedra de Histología, Patología y Bacteriología, de la cual fue posteriormente profesor; fundó con Gustavo Henrique Machado y Martín Vegas la Policlínica de Caracas (Jiménez Arráiz, 1970).

A lo largo de su vida profesional Lya estuvo en contacto directo con los más destacados médicos de la época, y sostuvo cordiales relaciones y fructífera cooperación con todos ellos, pero sin duda fue a Gustavo Henrique Machado a quien más admiración y agradecimiento dedicó. En el citado libro *Las recetas de Mam*, lo reconoce como su maestro de pediatría, y lo une en el recuerdo a su madre, también maestra en el arte de la cocina, ya que él era también un gran cocinero. “Ambos maestros tenían gran sensibilidad social. Machado, pionero y precursor de la pediatría social, y mi madre, mezcla de conciencia social y de caridad”. Recordaba al doctor Machado “vestido con una larga bata, delantal y gorro –a la usanza de los viejos franceses– con caudal irreprochable de conocimientos y fina agudeza clínica, el doctor Machado enseñaba

pediatría, mística, honradez y cabal respeto hacia el enfermo y sus familiares, condición primordial e indispensable de un hospital infantil”.

Gustavo Henrique Machado había estudiado pediatría en París, y ocupó posiciones relevantes en el ámbito de la medicina pediátrica, y en general, en el cuidado de la infancia. Promovió un conjunto de leyes que condujeron a la creación de los jardines de infancia y las Casas Cunas; impulsó el Código de Menores, todavía vigente en muchos aspectos, que destacaba la importancia de crear la educación preescolar, la recreación dirigida, la asistencia jurídica familiar, entre otros temas; así como fue notable su participación en la educación de maestras y enfermeras, y en las estrategias preventivas del abandono de la infancia. Dice de él Nelson Orta Sibú (2007) que “fue trascendente su obra por las enseñanzas que transmitió como maestro y primer eslabón de las generaciones de pediatras en Venezuela”. Seguramente Lya encontró en su ejemplo la imagen de lo que ella quería ser, de lo que estaba preparada para ser.

De modo, pues, que inicia su trabajo con Machado en aquel pequeño dispensario, que para sorpresa de todos comienza a amanecer limpio cuando ella se incorpora, y en 1937 lo acompaña en la fundación del que sería su lugar fundamental: el Hospital de Niños. En una entrevista de Rosita Caldera (1980) recordó aquellos tiempos con estas palabras:

Nosotros le dábamos el nombre de hospital pero era la sala de una casa donde instalamos nuestra consulta externa. Llevamos por nuestra cuenta dos sillas, una mesita y un peso. Así empezamos a atender a los niños.

Paralelamente, como ya se anotó, prestaba sus servicios *ad honorem* en las Casas Cunas y otras instituciones similares. También lo hizo en la consulta externa de Pediatría del Hospital Vargas que dirigía Ernesto Vizcarrondo. Durante cinco años (1940-1945) ejerció en el dispensario municipal de La Vega, y por dos años (1945-1947) en la consulta externa del Centro Noroeste del Seguro Social.

Algunos sugieren que fue el cuidado de su familia la causa de su retiro de la consulta privada, pero, en verdad, nadie parece recordar que alguna vez la emprendiera, y lo más probable es que no lo hiciera nunca. Sus intereses no giraban en torno al ámbito de la práctica privada sino pública, y en ese terreno estaba todo por hacer. Un tema que debió ser particularmente importante para ella fue la consulta para niños inmigrantes del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social en la que ejerció la pediatría

desde 1947 hasta 1950, años de posguerra en los que se produjo una fuerte inmigración hacia Venezuela. Debe decirse que el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización, junto con el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, inauguró un internado para ciento sesenta niños emigrantes, probablemente relacionado con la consulta pediátrica en la que prestó sus servicios.

En 1945 la vemos en una fotografía que ilustra la Fiesta de Navidad para niños inmigrantes. Allí estaba Lya, en unas precarias barracas de Sarría, un lugar en el que se dispusieron algunos espacios para atender a estos niños, que, como ella sabía muy bien, habían huido de la persecución y de la guerra, y llegaban sin otro bien que la esperanza en Venezuela. Con la ayuda de la señora Loriza Yanovici –de la que desafortunadamente no hemos podido encontrar ningún dato, pero cuyo apellido indica un origen de la Europa del Este–, organiza un festival infantil con los elementos de nuestras típicas piñatas. Veinte años después *El Nacional* (1967) recogió las conclusiones de un estudio que realizaba por encargo de la Liga Venezolana de Higiene Mental, según las cuales muchos inmigrantes enviaban a sus hijos a educarse en sus países de origen; en aquel caso principalmente portugueses e italianos. Precisamente por su experiencia personal y la adquirida con niños desplazados, sostuvo la importancia de que los nuevos pobladores pudieran ubicar a sus hijos en la patria de adopción. Era necesario, consideraba, integrarlos en las escuelas, las consultas médicas y las actividades recreativas para que se identificaran plenamente con Venezuela y crecieran en el “sentido internacional” indispensable para el niño contemporáneo, a fin de que llegasen a ser “tan buenos venezolanos como los demás”. Sin ambages denunció que una actitud xenófoba podía ser la causa de que los padres extranjeros reenviaran a sus hijos fuera del país. Y de nuevo en 1980 dedicó uno de sus artículos de prensa a protestar por la denegación de escolaridad a menores inmigrantes de otros países latinoamericanos. Nadie mejor que ella entendía la importancia de que esos niños pudieran alcanzar la educación a la que tenían derecho.

Como puede verse Lya defendió siempre la ayuda a los inmigrantes, independientemente de su lugar de procedencia, y fue solidaria con los profesionales que se radicaban en Venezuela, como el caso de la argentina Haydée Bordería; naturalmente también con quienes habían vivido circunstancias similares a las suyas. Nos cuenta Alicia Freilich que ayudó a un buen número de médicos judíos que emigraron al país. Un caso concreto sería el de la doctora Stefania Dines, pediatra graduada en Varsovia. Dines y su esposo sobrevivieron al holocausto y se refugiaron en

París, donde solicitaron la visa para Venezuela, y así conocieron a Sofía y a Guillermo Meneses, que ocupaba en aquel momento un cargo diplomático. A través de ellos Lya supo del caso y movió sus contactos para ayudar a Dines en los procesos de reválida, al mismo tiempo que la incluyó en el Hospital de Niños sin remuneración, a fin de que se familiarizara con el ambiente. La doctora Dines llegó a ser jefe de pediatría del estado Nueva Esparta, y conservó una cercana amistad con Lya hasta el final de su vida.

El Consejo Venezolano del Niño

En 1936, como ya se mencionó, fue creado el Consejo Venezolano del Niño. En las razones aducidas por el Estado aparecían, en primer lugar, la alarmante mortalidad infantil y el problema “aún no estudiado con claridad” del niño abandonado. El organismo era dependiente del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, y se le asignaba un carácter consultivo y técnico *ad honorem* a fin de vigilar y coordinar los organismos oficiales y privados, así como el estudio del problema médico social de la madre y el niño en Venezuela.

Dos años más tarde se decide la restructuración del organismo a cargo de Pastor Oropeza, para dotarlo de un radio de acción más amplio. La institución contaría con dos pediatras, dos “parteros”, un abogado, un profesor de educación física, un ingeniero, un pedagogo, un psiquiatra, y “dos damas”. Sus fundadores fueron Gustavo Henrique Machado, su primer director; Hernán Méndez Castellanos, Homero Álvarez y Lya Imber. En manos de ellos tuvo lugar el Primer Congreso Venezolano de Pediatría y Puericultura en 1938, y se comenzó a discutir el proyecto de Ley de Menores, que posteriormente se denominó Código de Menores elaborado en 1939. Relata García Arocha (1982: 116-118) que Lya integró la Junta Directiva de 1950 a 1953. Sin embargo, una vez que se produjo la intervención de la dictadura militar, presidida entonces por Germán Suárez Flamerich, comenzó un proceso masivo de destituciones. Cientos de profesores de la Universidad Central de Venezuela, defensores de la autonomía universitaria –entre ellos Rubén Coronil, decano de la Facultad de Medicina– se vieron sacados de sus puestos de trabajo. En el Consejo Venezolano del Niño fueron destituidos el presidente, Espíritu Santos Mendoza, y la secretaria, Lya Imber. Gustavo Henrique Machado solicitó su retiro. Finalizada la dictadura regresaron Machado como presidente, y Lya como vicepresidenta. Fue en este segundo período, de

1958 a 1961, cuando se incorporaron como asesores dos psiquiatras exiliados del franquismo: José Ortega Durán y Alberto Mateo Alonso; con ambos tuvo estrecha amistad, y con Mateo después compartiría nuevos proyectos. En una de las muchas campañas que llevaba la institución para dar a conocer sus fines y solicitar recursos, encontramos a Lya en la radio requiriendo con urgencia quinientos hogares sustitutos para menores en situación de abandono. Fue parte importante de su labor la creación de casas de observación, de parques de recreación dirigida, de procuradurías de menores, el estímulo a la investigación de trabajadores sociales, la organización de consejos seccionales en los estados, el mejoramiento de los albergues, y, sobre todo, en la lucha por arrebatar del control policial a los retenes de menores, que pasó a manos de la institución gracias a su tenacidad. A lo largo del tiempo distinguidos profesionales como Rafael Vegas, Olinto Camacho, Hernán Méndez Castellanos, Feijoo Colomine Solarte, Ernesto Vizcarrondo, Pablo Herrera Campins, Teresa Albáñez, entre otros, estuvieron a cargo de esta institución que terminó con un destino muy controvertido, y en cierta manera injusto para las grandes expectativas que produjo su creación, y el esfuerzo de tan notables profesionales.

Ya en los años sesenta Lya tenía una visión crítica sobre el particular (Pérez, 1967: 378).

A mi juicio, tres son sus mayores dificultades: primero, la falta de continuidad en sus programas; segundo: incapacidad para ejercer una función normativa; tercero: la carencia de personal especializado y la insuficiente previsión en la preparación del mismo. Mucha gente cree que el consejo es un organismo incapaz de solucionar los problemas infantiles. Esto es cierto. Ni este ni ningún otro sería capaz de hacerlo, sin embargo es una suerte para un país el contar con un organismo que centraliza la asistencia del niño y de él ha de esperarse una acción normativa unida a una técnica inflexible y rigurosa.

En 1978 cambió su nombre por Instituto Nacional del Menor (Inam) y pasó a estar adscrito al Ministerio de la Familia. La institución, a lo largo del tiempo, sufrió los embates de la política y de la corrupción, y probablemente las críticas acerca de la pérdida de sus objetivos y funciones, e incluso la ocurrencia de prácticas alejadas de toda ética, hayan tenido gran parte de razón, pero Lya guardó siempre la fidelidad a una

institución que contribuyó a formar, y que en su momento era indispensable. Cuando en 1974 Carlos Andrés Pérez anunció la creación del Ministerio de la Juventud, y utilizó términos despectivos para referirse al Consejo Venezolano del Niño, a través de un artículo en el diario *El Nacional* le replicó objetando los calificativos, y advirtiéndole que las deficiencias debían ser analizadas cuidadosamente “tanto para delimitar responsabilidades como para tomar nuevas determinaciones”. Esta actitud de pensamiento libre, poco complaciente, y para algunos, intransigente, caracterizaba su conducta. Un ejemplo similar lo encontramos más adelante, cuando durante el gobierno de Luis Herrera Campins se creó el Ministerio de la Inteligencia, y de nuevo, por medio de un artículo de prensa, lanzó discretas pero agudas críticas a los proyectos anunciados en aquella innovación (1979a). Sus últimas declaraciones sobre la institución las dio en la citada entrevista de Rosita Caldera (1980).

Yo he sugerido, ante la lamentable desaparición del Consejo Venezolano del Niño, que en vez de tener un Inam y un Ministerio de la Juventud, se fundieran en un importante Ministerio de la Infancia, la Juventud y la Familia, pero este organismo tendría que aprender a ser técnico y no político puesto que la atención a la infancia no es política ni es un negocio, es una ciencia.

Con razón dice José Francisco: “Era una mujer liberal, crítica, que no se cuadraba con ningún partido”.

La Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría

Relata Nelson Orta (2007) que el 20 de enero de 1939 tuvo lugar la creación de la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría, siendo su primer presidente Gustavo Henrique Machado, acompañado en la Junta Directiva (1939-1941) por Pastor Oropeza, Pablo Izaguirre, Ernesto Vizcarrondo, Simón Gómez Malaret, Carlos Camejo Troconis y Lya Imber, como tesorera. Posteriormente Lya fue presidenta de la Sociedad entre 1949 y 1951. La Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría fue concebida para la coordinación y unificación de las pautas de acción, y canalizar las inquietudes de los especialistas, cuyo número comenzaba a crecer. Como puede verse los nombres se repiten, y es que son ellos los pioneros de la pediatría venezolana moderna, y quienes

desarrollaron una gran actividad en la formación de las instituciones necesarias. Desde el punto de vista de la acción estatal, constituían las organizaciones y el marco jurídico necesarios para darle frente a “la poca alentadora situación de la infancia en Venezuela” (Francisco y Ramos en Olivera). Entre sus objetivos estuvieron la realización de congresos y la publicación de la revista *Archivos Venezolanos de Puericultura y Pediatría*, de la que Lya fue frecuente colaboradora.

La Liga Venezolana de la Higiene Mental

Una institución muy importante en la vida de Lya Imber fue la Liga Venezolana de la Higiene Mental, creada en 1941, pero verdaderamente viva a partir de 1953, cuando Alberto Mateo Alonso es designado secretario general. Los objetivos de la Liga eran la orientación de padres y maestros, y otros profesionales, en los principios de la psicohigiene y la paidología. También formaban parte de sus fines la divulgación de los principios de la salud mental en diferentes ámbitos, como los colegios y las empresas, y en general a la sociedad a través de múltiples medios de difusión: prensa, conferencias, charlas, folletos, y particularmente a través de la Semana de la Salud Mental que se celebraba anualmente; fueron conferencistas de la Semana notables profesionales. En 1954 se llevaron a cabo las primeras jornadas nacionales de higiene mental, en el ámbito de la Semana de la Salud Mental, y en ellas Lya participó en el grupo de trabajo encargado del tema “La higiene mental en el campo de la puericultura”.

En 1956 la Liga organizó el primer Curso de Educación de Padres, inspirado por *L'Ecole des Parents et des Educateurs de Paris*, que funcionaba en París desde 1928, y que a partir de 1958 adquirió un carácter internacional. En 1957 la Liga y la Federación Venezolana de Maestros celebraron un coloquio sobre Salud Mental y la Educación Preescolar. La Liga recibía apoyo público y privado, y las primeras damas Alicia Pietri de Caldera y Blanca Rodríguez de Pérez fueron grandes colaboradoras. La Liga fundó filiales en Lara, Zulia, Mérida y Carabobo.

Una creación fundamental de la Liga fue la Clínica de Higiene Mental, pionera en la salud mental venezolana, inaugurada en 1956 por Mateo Alonso, y que después recibió su nombre. Sus objetivos, de acuerdo con su fundador (Mateo, 1974: 81), eran dispensar asistencia, orientación, tratamiento y reeducación a los niños que sufriesen de

trastornos psíquicos, y proyectar su acción al medio familiar y social. Funcionaba con equipos médico pedagógicos. Inicialmente Lya fue su directora (1956-1958), y después Mateo Alonso asumió la dirección y Lya pasó a dirigir los cursos de Educación de Padres, y continuó participando dentro de su Junta Directiva.

La Liga fue también una institución pionera en la formación de maestros especializados en la enseñanza diferencial mediante la creación de un curso de Psicopedagogía para Educadores en conjunto con la Escuela de Psicología de la Universidad Central de Venezuela, del cual fue profesora Lya. Por la clínica pasaron trabajadores sociales, psicopedagogos, psicólogos, para realizar pasantías; dependiente de ella se creó una Escuela Especial para atender los problemas de niños con dificultades de aprendizaje. Allí comenzó la doctora Lilia Negrón sus estudios sobre autismo. Durante muchos años tuvo su sede en una casa de Sabana Grande, y se encuentra hoy en completo abandono.

En la publicación póstuma del libro de Mateo Alonso, *Evolución de la higiene mental en Venezuela* (1974), Lya expresó en el prólogo los vínculos de amistad y de trabajo que los habían unido, pero también, sin proponérselo, las coincidencias entre ambos. Decía de él que había sido “un médico humanista, integral y sensible a todo dolor humano”, lo que muy bien pudiera ser aplicado a sí misma; pero también las coincidencias resaltaban en sus respectivas trayectorias; ambos eran emigrantes europeos y sentían una enorme gratitud por su patria de adopción que les había permitido la oportunidad de ejercer su vocación de servicio como médicos. Lila Ruiz y su hija Ester Mateo recuerdan con emoción y alegría la frecuente presencia de Lya en su casa. De temperamento muy diferente –él tenía un humor comunicativo muy distinto al más reservado de ella–, ambos disfrutaban los encuentros de amistad y de trabajo, animados con la cocina española que preparaba la madre de Mateo Alonso.

En el prólogo citado Lya explica que los primeros avances en higiene mental en Venezuela surgen en 1938, fecha muy similar a los de la pediatría, que había estado encasillada en la terapéutica de las enfermedades del niño, y luego añade:

La nueva dimensión de la Medicina y de la Pediatría hizo posible comprender la Higiene Mental como parte íntima y primordial de la salud en general... La lectura de la tesis del doctor Mateo Alonso permite la comprensión de la difícil época del inicio de estos cambios conceptuales tradicionales.

Después de la muerte de Mateo Alonso en 1969 Lya ocupó la presidencia de la Liga entre 1972 y 1976, y fue la presidenta del comité organizador de la Conferencia Internacional de Educación de Padres en 1970, realizada conjuntamente con la Federación Internacional de Escuelas de Padres y Educadores. El tema central se denominó “La responsabilidad del padre y de la madre en el mundo contemporáneo”, y el encuentro tuvo una representación de veintiún países y catorce organismos internacionales, además de nacionales. La Conferencia se había celebrado por primera vez en Bruselas en 1965, y la realizada en Caracas fue la primera en América. Cuando Lya supo que en Francia existía una Escuela para Padres inmediatamente se puso en contacto para recibir ayuda y documentación, y pudo conocer las ideas de Heuyer en la revista de la organización. En sus palabras iniciales Lya explicaba que la razón por la cual se realizaba en Venezuela se debía a que André Isambert, fundador y presidente de la Federación Internacional de Educación de Padres, le había escrito en 1964 diciéndole que el primer país de América Latina en interesarse en el tema había sido Venezuela (a través de Lya, por supuesto), y por ello había sido incorporado al Consejo de Administración, siendo precisamente Lya la representante desde 1964 a 1976. Resaltó también que era la Liga la pionera en la educación de padres como disciplina formal, al organizar los, para ese momento, diez cursos dirigidos con ese fin.

La Conferencia se proponía como objetivos principales la comprensión de la problemática de la época, la reevaluación de la familia, y las condiciones particulares de los países desfavorecidos. Recibieron huéspedes ilustres, además de André Isambert, la notable antropóloga Margaret Mead; Rafael Sajón, director del Instituto Interamericano del Niño; Florencio Escardó y Eva Ghiberti de Argentina, amigos personales de Lya, habían introducido en su país la Escuela para Padres como parte de la Cátedra de Pediatría. Fueron autores fundamentales en la formación de los profesionales de la salud mental. Estaba también invitado el científico social Darcy Ribeiro quien no pudo asistir. En sus palabras, después de los agradecimientos de rigor, Lya no pudo dejar de lanzar sus dardos (1972a).

... al salir de este lujoso recinto [Hotel Hilton], verán Uds. a nuestra bella ciudad, bajo su cielo luminoso y claro, rodeada por sus singulares montañas. Esas mismas montañas abrigan a millares de seres humanos que viven en condiciones infrahumanas y lamentables que se repiten, en igual forma, a lo largo de nuestras carreteras y debajo de sus puentes.

Cuando Lya llegó a Caracas había encontrado una ciudad pequeña y una sociedad modesta, que a partir de los años cincuenta se había transformado por completo; para ella resultaba incomprensible la disparidad entre el lujo urbanístico y la siempre situación precaria de las instituciones de salud. No deja de ser interesante anotar que sus palabras fueron escuchadas por el presidente Carlos Andrés Pérez, cuya presencia en la inauguración Lya consideró como un “significado prometedor”.

En 1971 el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social creó el Premio “Alberto Mateo Alonso”, bajo la coordinación de la Liga, para trabajos científicos sobre salud mental en Venezuela, y Lya dedicó un artículo de prensa para celebrarlo, y explicar, una vez más, la importancia de la salud mental.

EL HOSPITAL DE NIÑOS J.M. de los RÍOS

En los orígenes decimonónicos de la medicina infantil venezolana destaca el nombre de José Manuel de los Ríos (1826-1914), fundador en 1889, junto con Francisco Rísquez, de una “clínica de niños pobres”, que funcionaba en una casa de Palma a Miracielos, y publicaba, además, una revista considerada la primera publicación especializada en América Latina. En 1893 se construyó el Hospital Linares, destinado exclusivamente a la población infantil, gracias a la donación de un rico comerciante, Juan Esteban Linares. Estuvo en funcionamiento hasta 1907, cuando fue ocupado como Servicio de Sanidad Militar. Durante el gobierno de López Contreras los médicos tomaron el hospital, y en forma oficial fue donado a la Cruz Roja Venezolana, y es hoy en día el Hospital Carlos J. Bello. Entre el cierre del Hospital Linares y la inauguración del Hospital Municipal de Niños transcurren treinta años en los que la atención a la infancia cae en un vacío hospitalario (García Ponce, 2001: 13-21).

Para el momento en que Lya se inicia como asistente del doctor Machado en el Servicio BCG solamente existían consultas pediátricas aisladas, propiciadas como iniciativas de algunos médicos. Nos cuenta el doctor José Francisco que Gustavo Henrique Machado logra que, en el sótano de un edificio en construcción anexo al Hospital Vargas, se instale una consulta de pediatría. No podemos dejar de anotar la metáfora que se esconde en el hecho de que el cuidado de la infancia tuviera que refugiarse en un sótano. Pero de esa oscuridad y enterramiento estaba dispuesto Gustavo Henrique Machado a salir, y allí llega Lya, todavía estudiante, para trabajar en esa tarea. Esta consulta fue la semilla del primer Hospital de Niños de Caracas, instalado en una sede denominada familiarmente “Pirineos”, por estar el edificio situado en la esquina de ese nombre.

Fue inaugurado el 25 de diciembre de 1936 con la asistencia del presidente López Contreras. La opinión más común de los testigos de su fundación recoge que la sede estaba destinada originalmente a ser asiento de un cuartel y que, a causa del radical cambio político ocurrido con la muerte del dictador, Gustavo Henrique Machado, Julio García Álvarez y Pedro González Rincones convencieron a López Contreras para que el local fuese adaptado a una dependencia hospitalaria. Fue inaugurado con el nombre de Hospital Municipal de Niños de Caracas, hasta que en 1947 se honró la memoria de don

José Manuel dándole su nombre al primer hospital infantil venezolano: Hospital de Niños J.M. de los Ríos. Su primer director fue el doctor Machado, a título *ad honorem* (García Ponce, 2001: 28-29).

De acuerdo con Milton López Henríquez y Lya Imber la fecha real de inicio de sus actividades fue el 2 de febrero de 1937. A las pocas semanas llegan del exterior otros pediatras, Espíritu Santos Mendoza, que venia de Italia, y Simon Gómez Malaret, de España. Machado era el Jefe de Servicio de Medicina No. 1, y Lya y Guillermo Rangel sus adjuntos. El hospital desarrolló desde su fundación una intensa actividad tanto en la atención médica como docente. En febrero de 1938 tuvo lugar en el auditorio del hospital el I Congreso Venezolano del Niño, así como la discusión del Código de Menores, que fue aprobado por el Congreso de la República en 1939. Además, en 1940 se crea la Cátedra de Pediatría de la Universidad Central de Venezuela, que funcionó dentro del hospital, siendo los fundadores, entre otros, Pastor Oropeza, Gustavo Henrique Machado, Espíritu Santos Mendoza, Ernesto Vizcarrondo, Guillermo Hernández Zozaya, Simón Gómez Malaret, y Lya Imber (*ibidem*, 32-35).

Paralelamente a su actividad médica Machado propuso la creación de una escuela de enfermería, que originalmente funcionaba en el hospital con el nombre de Escuela Municipal de Enfermeras hasta su fusión con la Escuela Nacional de Enfermeras, y su traslado definitivo a la Ciudad Universitaria en 1958. Como maestra de enfermeras Lya dio clases en esa Escuela desde 1941 a 1947. Afirma García Ponce (2001: 7):

El Hospital de Niños de Caracas es la cuna de la pediatría venezolana... Puede decirse que la práctica de la pediatría en cualquier ciudad venezolana tiene su origen, directa o indirectamente, en la presencia de pioneros especialistas que, en mayor o menor grado, se formaron en el Hospital de Niños caraqueño

Lya Imber contribuyó activamente, en todos los ámbitos de su quehacer, a fundar y sostener esta institución en la que permaneció hasta el fin de su vida, y a la que se refirió con esta sencilla frase: “amo este hospital”. Pero, además de su contribución como pediatra residente, comienza en 1952 a desarrollar lo que sería su perfil propio. El 31 de enero de ese año se inaugura un pabellón de recreo para niños hospitalizados. Contó para ello con la ayuda de la psicóloga infantil Hilda Iturbe de Aurrecoechea, y de las gestiones de Magdalena Zingg y el ingeniero Eduardo Bello. La Junta de

Beneficencia Pública del Distrito Federal donó el mobiliario. El ballet de niñas de Pascuita Basalo contribuyó a la alegría y diversión de los pequeños hospitalizados.

La necesidad de unir esfuerzos apelando a otras profesiones, y a personas en posibilidad de promover fondos para sus propósitos despierta en ella una de sus grandes fortalezas. Aquella niña que había conocido la penuria económica, y aquella joven capaz de sostener su derecho a cobrar sus servicios de enfermería, sabía muy bien que las buenas intenciones no eran suficientes para realizar sus objetivos. Si su madre era una insigne promotora de las actividades sociales de la comunidad judía y lograba levantar fondos de familias pudientes, y no tan pudientes, Lya era una digna heredera. Ambas se sentían muy seguras haciéndolo porque no pedían nada para ellas sino para una obra superior. Lya le daba a ello un sentido radicalmente nuevo (1952):

Es por eso que, en nuestros días, el antiguo concepto de caridad ha dado paso al deber social. Esto que hoy nos ocupa, no debe por eso aparecer como un aporte magnánimo, sino como lo que realmente es, como parte de los deberes que se cumplen en la marcha de las instituciones al servicio del niño.

Pudiéramos decir que estaba anunciando lo que hoy se conoce como responsabilidad social de las empresas.

Ya antes había sumado la ayuda de la artista Marianne Nube, que actuaba como voluntaria para brindar algunas horas de distracción y estímulo a los niños hospitalizados a través de juegos y lecturas, pero ahora se trataba de un local en toda regla bautizado como “Sala de Recreo Lya Imber”. En sus palabras de contestación, el día de la inauguración, encontramos algunas ideas fundamentales sobre la atención a la infancia, pero citemos por ahora un fragmento que denota lo muy emocionada que estaba en aquel momento:

En este turbador momento les invito a recordar a una mujer joven y angustiada que dejó una Europa desgarrada por la guerra y que, de pronto, puso pie en esta tierra joven, vibrante, generosa, llena de sol. Ya podrán imaginarse lo mucho que esta mujer siente por esta tierra y lo que simboliza para ella.

Algunas ideas expresadas en aquellas palabras requieren de mayor espacio. En primer lugar, al agradecer la ayuda de la psicóloga Aurrecoechea, subrayaba un hecho que en aquel momento era insólito: “la aceptación formal, por parte del personal directivo, de la necesidad de servicios técnicos de esa índole”. Lya fue introductora de la psicología en el medio hospitalario, carrera que estaba iniciando su formalización en aquellos años, y que no logró el reconocimiento del gremio médico sino mucho después. Como en otras muchas circunstancias su falta de prejuicios y su apertura a todo lo que considerara útil abría caminos. En segundo lugar, la mención de la terapia ocupacional como parte de las actividades hospitalarias, y los estudios acerca de la utilización mínima de la hospitalización para evitar los sufrimientos que comporta. Este logro de la sala de recreo no era para Lya el desenlace sino el comienzo de otro propósito que llevaría a cabo más adelante: “Lo que tiene verdadera importancia, amén del hecho mismo de un nuevo Pabellón, son sus raíces y, sobre todo, sus proyecciones del futuro”. Su proyección hacia el futuro, que seguramente se estaba comenzando a gestar en ella, estaba relacionada con la salud mental del niño hospitalizado.

En 1954 Lya presenta en las I Jornadas Nacionales de Higiene Mental una ponencia titulada “Un ensayo de Higiene Mental en el Hospital Municipal de Niños”, y en las II Jornadas de Puericultura y Pediatría celebradas del 2 al 6 de marzo de 1955, un documental cinematográfico titulado “Los niños de nuestro hospital”, con guión y dirección de Lya Imber; producido en blanco y negro, con una duración de veinte minutos, y procesado por Tiuna Films. El tema versaba sobre las carencias emocionales de los niños hospitalizados y su incidencia en el desarrollo físico y mental. También fue autora de un estudio sobre un niño hospitalizado, en colaboración con Gabriel Barrera Moncada, pediatra del hospital, e Hilda de Aurrecoechea, ilustrado con fotografías de Barrera Moncada; en el montaje colaboró Alfredo Boulton (García Ponce, 2001: 85-86). Todo ello no era sino la preparación para la creación del Servicio de Higiene Mental que tuvo lugar en 1958.

Pero antes de llegar a ello es necesario detenerse en 1957. Ese año se cumplían veinte de la fundación del hospital, y un grupo de médicos y personal, entre ellos Lya, reciben diplomas de honor por sus méritos de trabajo. Con motivo de ese aniversario Lya pronunció un discurso en el que rotundamente afirmó la necesidad de una nueva sede. Ya se estaba en los preparativos cuando ocurre el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, y se precipitan los acontecimientos. La mudanza era irreversible, pero no por ello exenta de situaciones difíciles que supusieron una verdadera crisis para el Hospital

de Niños, ya que se produjo la separación de un importante grupo de pioneros y fundadores. La Cátedra de Puericultura y Pediatría fue trasladada al Hospital Clínico, creado con la idea de que funcionara adjunto a la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela en la recientemente inaugurada Ciudad Universitaria,

“Pirineos”, todavía en trance de mudanza a la nueva sede en la avenida Vollmer de San Bernardino, en la que permanece hoy en día, estaba en grave riesgo de perder su estatuto docente. Dice Francisco Castellanos, uno de los pediatras pioneros, oriundo de Santo Domingo, que, para el hospital, la mudanza de la cátedra fue “una crisis tan grave que estuvo a punto de desaparecer”, y elogia a “ese grupo de colegas que tiene el mérito singular de haber salvado al hospital de su extinción”. Esa cátedra había sido creada por Pastor Oropeza en septiembre de 1940, y comenzó a funcionar en el Hospital de Niños. Cuando se produjo la mudanza de la cátedra algunos de los profesores decidieron permanecer, como fueron Rubén Coronil, Simon Gómez Malaret y Lya Imber, entre otros (García Ponce, 2001: 101-102).

En un artículo publicado en *El Nacional* (1958a) Lya, con cierta nostalgia, decía así: “Entre las esquinas de Brisas y Pirineos, en un modesto edificio gris, vacío desde hace algunos días, funcionaba el Hospital Municipal J.M. de los Ríos”. Hacía un breve recuento de los hechos más importantes de su trayectoria, enfatizando su condición de “padre de la pediatría venezolana”; la dirección *ad honorem* que habían desempeñado tanto Gustavo Henrique Machado como Fernando Rubén Coronil; y destacaba otros momentos álgidos de su historia por la que habían pasado treinta y seis mil ciento treinta y un niños, pero su intención era crítica. Hablaba de “una ciudad que creció con ostentoso lujo, postergando a sus niños” y advertía que “la actual mudanza... no es más que una medida paliativa de las necesidades de asistencia pediátrica de la ciudad”. Finalizaba con una rotunda afirmación: “El nombre del Hospital J.M. de los Ríos debe ser venerado por la colectividad venezolana”.

Era una despedida pero, al mismo tiempo la asunción de nuevos retos que estaban por venir. En tanto que la mudanza de Pirineos a San Bernardino fue paralela a la suspensión de la Cátedra de Pediatría en el hospital, los médicos que permanecieron en el Hospital de Niños siguieron luchando por el reestablecimiento del carácter docente del mismo. Se creó una comisión con el objetivo de lograr nuevamente el reconocimiento universitario, presidida por Francisco Castellanos e integrada, entre otros nombres, por Lya Imber. Tuvieron éxito. Para 1962 el hospital quedó formalmente integrado a la cátedra de Puericultura y Pediatría de la Facultad de Medicina de la

Universidad Central de Venezuela, eligiéndose como profesor titular a Espíritu Santos Mendoza. En la cátedra del hospital continuó el desarrollo de las subespecialidades pediátricas, que experimentaron un enorme crecimiento a partir de 1974, con la construcción de una torre adicional, así como numerosos cursos de especialización y posgrado (García Ponce, 2001: 117-118).

El Servicio de Higiene Mental

Este Servicio, creado por Lya en 1958, contó con el concurso de especialistas de salud mental, como psiquiatras infantiles, psicólogos clínicos, trabajadores sociales, y posteriormente pasó a llamarse Servicio de Higiene Mental y Psiquiatría Infantil; nombre que, en cierta forma, modificó el objetivo con el que había sido fundado, como era la atención psicológica de los niños hospitalizados, y no tanto una consulta externa de psiquiatría. Sin embargo, este fue su gran aporte al hospital. A seguidas de su inauguración el Servicio organiza un ciclo de conferencias con el título de “Problemas psicológicos y psiquiátricos en niños afectados de enfermedad somática”, a cargo de pediatras, psiquiatras y neurólogos con la participación de la Liga de Higiene Mental.

En sus primeros tiempos Lya contó con la ayuda de la psicóloga argentina Haydeé Bordería, a quien había conocido en la Liga de Higiene Mental, y a quien ayudó con los trámites de residencia en Venezuela. Lya apreciaba mucho su experiencia porque había tenido a su cargo la organización y atención de la enseñanza para niños y adultos en la División de Ortopedia y Traumatología del Instituto de Cirugía de la provincia de Buenos Aires. Poco después de la inauguración se incorporó Anita Molina como psicóloga clínica del Servicio en el que trabajó durante muchos años, así como otros profesionales que fueron añadiéndose en el tiempo. Anita describe a Lya como alguien que iba de la experiencia a la búsqueda de soluciones, que se imponían como una lógica necesaria para resolver los problemas. Una persona atenta a los detalles cotidianos, a observar para comprender el problema. Por ejemplo, estaba pendiente de si escuchaba llorar a los niños hospitalizados, o de por cuántas manos pasaba cada paciente de acuerdo a los turnos de las enfermeras. Estos no eran detalles banales; el llanto señalaba el sufrimiento psicológico del niño, y el número de personas con las que tenía contacto el grado de impersonalidad del cuidado que recibía. Ambos indicadores se relacionaban con el cuadro conocido como hospitalismo que veremos más adelante.

En cuanto al maltrato infantil Anita cuenta que fue Lya la primera persona a quien escuchó hablar del síndrome del niño maltratado; se refería a él en francés por lo que supone que lo había investigado leyendo textos franceses. En muchos artículos Lya alertó sobre esta grave situación, de cuyas consecuencias muy posiblemente había sido testigo en la consulta hospitalaria.

Lya no escatimaba ocasión para escribir sobre la higiene mental dentro del hospital, y preparaba carpetas con artículos y reseñas para uso de los médicos y las enfermeras. Probablemente sea el trabajo presentado en las Jornadas Científicas del Hospital de 1962 donde puede encontrarse la exposición más amplia sobre el tema de los cuidados hospitalarios. Destaca allí que la organización del Servicio tiene un carácter experimental “ya que no ha obedecido a ningún patrón, ni se ha basado en ninguna experiencia análoga, y su estructura se ha ajustado a las condiciones particulares de nuestro Hospital y de nuestras posibilidades” (1962a). En suma, aparta la modestia de decir con claridad que es un proyecto original concebido por ella misma.

El adiestramiento de los alumnos de Pediatría Social comenzó en 1958 y se convirtió en una pasantía formal en el curso 1961-1962. En el artículo citado se hace una detallada revisión de todos los aspectos que se tomaban en cuenta para instruir a los médicos y personal de enfermería en la asistencia del niño hospitalizado.

La humanización del hospital

Muy ligada al Servicio de Higiene Mental, y más todavía al nombre de Lya, fue la creación de una escuela primaria para atender la escolaridad durante la hospitalización. Para 1977 se llamaba Escuela Unitaria No. 21, y en ella cursaban estudios un promedio mensual entre treinta y cuarenta alumnos, con cinco maestras. El 5 de octubre de 1978 la Sociedad de Médicos del Hospital de Niños la designó miembro honorario y reinauguró la escuela con su nombre; este hecho de darle nombre a un servicio era una excepción, según dijo Enrique Pérez Guanipa, entonces director del hospital, pero el caso lo ameritaba porque la escuela era obra suya y traducción de sus personales esfuerzos. Creó también la Guardería Municipal en una dependencia cercana a la sede del hospital para la atención de los hijos del personal de la institución. Esa guardería estaba vinculada con una investigación que en 1970, ya como directora, emprendió para conocer las condiciones socioeconómicas de los trabajadores; fue

publicada en 1972, fecha para la cual no se había logrado todavía la puesta en marcha de la guardería.

Siempre atenta a la búsqueda de experiencias positivas para los niños hospitalizados, utilizaba los recursos que estuvieran a su alcance, como fue el concierto de la joven pianista Mariantonia Frias – muy amiga de María Elena, e hija de sus amigos Carlos Eduardo Frías y Antonia Palacios. Venciendo sus reservas de comunicar lo que era hasta cierto punto privado escribió un artículo titulado “Los conciertos de Mariantonia Frias” (1956), en el que relataba que la joven le había dicho: “Yo quiero tocar para sus niños”. Y efectivamente lo hizo en el hospital, y luego en el auditorio de la Escuela de Enfermeras, a beneficio de La Ciudad de los Muchachos, campaña a favor de los niños abandonados. Lya estuvo siempre convencida de que la recreación, la ruptura de la rutina hospitalaria y la asimilación de actividades culturales eran defensas contra los efectos dañinos de la prolongada hospitalización. Nos cuenta José Francisco acerca de la construcción de un parque externo diseñado con figuras de animales, para lo que contó con la ayuda del arquitecto Fruto Vivas, y que posteriormente desapareció debido a la expansión de nuevas áreas del hospital. En una fotografía de la primera edición del libro *Puericultura* (1959) puede verse a un niño hospitalizado que sonríe montado en la jirafa “Pepita”.

También de su autoría fue la casa para madres. Desde los primeros tiempos de su práctica había colaborado estrechamente con Machado en la atención a las madres que venían de otras regiones del país, y debían permanecer en Caracas sin mayor asistencia mientras duraba la hospitalización de sus niños. Para ello lograron alquilar una casa frente al hospital de Pirineos, que se denominó “casa para madres”, de modo que éstas tuvieran donde cocinar y dormir. Esta iniciativa es actualmente una práctica común, y naturalmente mejorada, en los países donde la población goza de atención médica universal y protección social. Cuando Lya ejerció el cargo de directora del hospital elaboró un proyecto para la creación de un hotel familiar para los padres de los niños hospitalizados, como “una formula más correctamente adaptada a las técnicas modernas y que ya funciona con éxito en otros países”. El proyecto quedó sin respuesta hasta 1975, cuando se decretó la expropiación de los terrenos colindantes al hospital y se ordenó al entonces Ministerio de Obras Públicas proceder a la ejecución de las obras. La construcción no se llevó a cabo. Insistiendo en este tema –nos cuenta Elba Medina– se expropió el Hotel Potomac para la construcción de un edificio que eventualmente le sería entregado al hospital para servir de hotel de madres. Pudimos ver, en nuestra visita

al hospital, la orden firmada en 1992 por el entonces Gobernador del Distrito Federal para que así se hiciera; lamentablemente el edificio no existía.

Tema importante fue la creación de bibliotecas. Lya comenzó por organizar una pequeña para los niños hospitalizados con libros que ella misma donó, y fue activa fundadora, y luego presidenta, de la biblioteca del hospital creada por la Sociedad de Médicos para contribuir al nivel profesional de sus afiliados. El 2 de abril de 1965 se efectuó su reapertura con el nombre de quien había sido el primer director del hospital, Gustavo Henrique Machado. Lya consiguió la cooperación de un variado número de personas e instituciones; entre las que mencionó en su discurso (1965) estaba el donativo recibido de la Fundación Creole que permitió su instalación. La familia Coronil legó la biblioteca de Lya a esta institución.

Lya, directora

Otra institución en la que Lya desarrolló una gran actividad fue la Sociedad de Médicos, que presidió entre 1964 y 1966. Esta Sociedad, creada en 1960, ha protagonizado históricamente las justas reclamaciones de recursos para el hospital, y siendo Lya su presidenta la encontramos señalando las dificultades que enfrentaba la institución a causa del aumento de la población consultante con relación al presupuesto. “La situación de nuestro hospital reviste características alarmantes y es motivo de honda y perenne preocupación”. Ya antes había alertado de lo que, de acuerdo con su criterio, era una intromisión ejecutiva en la marcha del hospital: la salida de Juan Bruzual Acuña como Jefe Médico. La comparaba con hechos que habían ocurrido durante la dictadura perezjimenista, como fueron la destitución del doctor Machado de la presidencia del Consejo Venezolano del Niño en 1952, y la de Pastor Oropeza de la cátedra de Puericultura y Pediatría en 1953. Con motivo de las celebraciones del Cuatricentenario de Caracas Lya insiste en declarar a la prensa que la capital llega a sus cuatrocientos años sin un verdadero hospital de niños, ya que el actual estaba desbordado por el exceso de clientela, la escasez de personal y recursos, y una pésima sala de emergencia, además de no contar con un archivo docente.

Las reclamaciones son escuchadas y se prometen las soluciones, pero no se hacen presentes. Enrique Pérez Guanipa, presidente de la Sociedad, anuncia un paro simbólico el 13 de noviembre de 1968. El paro y las protestas de los médicos logran finalmente sus objetivos. El Gobierno aprueba un crédito adicional y comienza el

movimiento de tierras para despejar la construcción del anexo (García Ponce, 2001: 164-165).

En una fotografía de la acción de calle, frente a la sede del hospital, vemos a Lya con su bata blanca, codo a codo con los jóvenes residentes. La imagen es de 1968, y la pancarta que sostienen los manifestantes dice: “En Emergencia hay cupo para quince niños y tenemos cien”. Como resultado de su liderazgo en las protestas por los requerimientos institucionales Lya es designada directora del hospital, aunque con el título de “encargada”, ya que alguna reglamentación impedía la titularidad para quienes no fuesen venezolanos de nacimiento.

Sobre su desempeño citamos a García Arocha (1982: 112):

Como directora, la gestión de Lya se caracterizó por un rescate de los valores morales, administrativos, y hasta físicos del hospital, lo cual se tradujo en un cambio de la fisonomía humana de toda la organización. En primer lugar y en contraste con la actuación de la mayoría de los directores anteriores, Lya cumplía a cabalidad con su trabajo, acudía diariamente desde las 8. am hasta las 5 pm; supervisaba y visitaba el hospital por las noches y hasta los domingos y días feriados... La cara de la institución cambió por completo hasta en su aspecto físico.

En 1971 su gestión finalizó por negarse a aceptar las “presiones administrativas para el despido de personal”. Ocurrió, como es frecuente en las instituciones venezolanas, que un Gobernador decidió remover a algunos empleados del hospital por ser militantes del partido político que había gobernado en el período anterior –Acción Democrática–, y los acusó de haber cometido irregularidades administrativas. Lya no estaba en desacuerdo con la destitución, pero exigía una investigación imparcial que demostrase las responsabilidades. El Gobernador no aceptó el requerimiento de la directora. Esta era, precisamente, una de las situaciones en las que Lya no estaba dispuesta a ceder. Comenta Zaira de Andrade: “Alguna vez le oímos decir que los miembros del personal hospitalario debían dejar fuera, no sólo sus problemas familiares, sino también sus diferencias políticas, para cumplir integralmente con su actividad hospitalaria”. Pero esa máxima no es de fácil aplicación en Venezuela.

Así las cosas Lya presentó su renuncia irrevocable. Su acción fue valorada desde los jefes de servicio hasta los encargados de la limpieza; todos la apoyaron sin

restricciones, y el Concejo Municipal del Distrito Federal, entonces presidido por el doctor Domínguez Sisco, publicó en la prensa una resolución, que entre otros considerandos, ensalzaba la conducta de la doctora Coronil, y anotaba que su renuncia había sido muy lamentada tanto por el personal del hospital como por los padres de los menores favorecidos por sus actuaciones. Finalizaba expresando públicamente el reconocimiento a su labor como directora del Hospital de Niños J.M. de los Ríos. En esos días la prensa acusó esta información y publicó la noticia de que la asamblea extraordinaria del cuerpo médico se había reunido para rendirle un homenaje (García Arocha, *ibídem*).

La Fundación Patronato del Hospital

Renuncia a la dirección pero rápidamente encuentra otros campos de los que ocuparse. Estaba el Servicio de Higiene Mental, del que nunca se separó, y otro proyecto del que fue promotora: la Fundación Patronato del Hospital de Niños. Esta Fundación se constituyó con la misión de buscar recursos económicos que aumentasen los presupuestos oficiales, y había sido motorizada por Lya desde 1959, con el apoyo de Simón Gómez Malaret, que presidía entonces la Sociedad de Médicos, aun cuando su constitución legal tuvo lugar en 1966. Los objetivos que Lya señalaba en 1959 eran: la incorporación del hospital a la vida de la comunidad; el perfeccionamiento de la docencia; la organización de varios departamentos vitales, entre ellos el Servicio de Higiene Mental; la organización de bibliotecas y el incremento del Servicio Social.

El Patronato fue creado con la idea de que reuniese no solamente a médicos y miembros del hospital, sino a personalidades del mundo económico y social, de modo que pudieran trazarse proyectos de largo alcance para superar las constantes limitaciones financieras de la institución en cuanto a la adquisición de medicamentos, equipos, y materiales e instrumentos (García Ponce, 2001: 170).

En el Acta Constitutiva de la Fundación Patronato del Hospital de Niños encontramos que los firmantes son: Gustavo Henrique Machado, Simón Gómez Malaret, Nicomedes Zuloaga, Lya Imber de Coronil, Victorino Márquez Reverón, Humberto Latuff, Rafael Rísquez Iribarren, Francisco Castellanos y Pastor Oropeza. A los que se unen una significativa lista de consejeros, que denotan lo que ya Lya había destacado tiempo atrás: la responsabilidad social de los empresarios. Encontramos así

los nombres de Eugenio Mendoza, Mercedes de Carrillo Batalla, J.J. Fortoul, Carlos Acedo Mendoza, Humberto Latuff, Alfredo Boulton, Luis Wanoni, Daniel Camejo Octavio, Alfredo Benarroch, José Antonio Cordido Freites, Temístocles Martínez, Miguel Otero Silva, María Eugenia de Álvarez, Manuel Curiel, Carlos Emilio Fernández, Hans Neumann, Oscar Machado Zuloaga, Gustavo Zingg, Maruja de Roche, Armando Planchart, Inocente Palacios y Clara Sznajderman. A la muerte de Lya en 1981 asumió la presidencia del Patronato Carlos Acedo Mendoza.

A Elba Medina Sánchez, que entró a trabajar en el hospital en 1971, todavía se la encuentra atendiendo la oficina del Patronato. Lya la llamaba su “attaché”, y diera la impresión de que entre ambas existió una relación de trabajo a prueba de todo. “Ella era una eminencia y por eso muy bien oída –dice–, llamaba a las damas de Haktivah, a Carlos Andrés Pérez, a cualquiera, y conseguía lo que hiciera falta”.

A finales de los años setenta se produjeron diversos conflictos institucionales que tuvieron como desenlace una intervención del hospital. Algunos médicos no estaban de acuerdo con que Lya se integrara a las discusiones por ser parte interesada – ya que uno de los temas álgidos era el propio Servicio de Higiene Mental–, pero finalmente aceptaron que ella tenía derecho a dar su opinión, y fue así que participó en esos difíciles momentos de la institución a la que había dado gran parte de su vida. Finalizamos esta parte tan fundamental de su biografía con sus propias palabras (Pérez, 1967: 378);

:

Sueño en verdad hace treinta y dos años con un hospital de niños, donde la asistencia para ellos se realice en óptimas condiciones. Donde haya limpieza, donde las madres puedan lactar y acompañar a sus hijos, donde exista un archivo y un laboratorio dotado de técnicas modernas que permitan la necesaria evaluación y trabajo de investigación. Un hospital donde la asistencia, la docencia y la investigación puedan cumplirse a cabalidad. Quizás algún día pueda ver cumplidos esos anhelos.

Lo que de ellos se haya cumplido se debe en buena parte a su trabajo.

DEL HOSPITAL A LA PEDIATRÍA SOCIAL

Desde el comienzo de su ejercicio de la medicina Lya comprendió que las enfermedades pediátricas no pueden resolverse solamente con la acción terapéutica clínica, ya que la complejidad de sus causas excede la competencia médica, y era precisamente esa complejidad lo que pretendía integrar en su camino a la pediatría social. Reseñar exhaustivamente las conferencias, clases, seminarios, charlas, artículos, ponencias, declaraciones y otras iniciativas que emprendió para llevar a cabo sus propósitos de divulgación y enseñanza resulta una tarea cercana a lo imposible. Solamente en la tesis de bibliotecología dedicada a sus trabajos escritos se registran más de cuatrocientas piezas (Rengifo y Rosales, 1987). Por otra parte, su acción abarcó múltiples ámbitos, en la medida en que su fin era penetrar a la sociedad, desde los médicos pediatras y las enfermeras hasta las maestras y las madres de familia; desde los políticos hasta los simples ciudadanos. Quería llevar los conocimientos acerca de la problemática general de la infancia y la adolescencia lo más lejos posible, no sólo a través de eventos científicos nacionales e internacionales, y de la experiencia docente en sus distintos niveles, sino de todos los medios de comunicación a su alcance: libros, prensa, radio y televisión. Si hubiese vivido en los tiempos de internet, con toda seguridad hubiera sabido disponer de sus posibilidades divulgativas.

Como justamente dice García Arocha (1982: 108), “en el orden pedagógico, la obra de Lya bien puede calificarse de conjunta y dispersa”. Conjunta porque estaba siempre dirigida a la protección de la infancia, y dispersa porque no desperdiciaba ninguna posibilidad. Así podía dar un curso para pediatras sobre recién nacidos y prematuros, como otro de planificación familiar para periodistas, o una charla en la Facultad de Arquitectura (presentada por Fruto Vivas) para llamar la atención sobre los requerimientos de los niños a fin de que fuesen tomados en cuenta en los programas de planeamiento y urbanismo. Tanto en el ámbito universitario y en los congresos profesionales, como en los más modestos de las casas hogares; o en las reuniones del Rotary Club; en los colegios (como lo hizo en el “Moral y Luces” de Caracas, en 1967); en la Federación Nacional de Asociaciones Cristianas de Jóvenes (YMCA); en la Casa de Formación “Fe y Alegría”, estaba dispuesta a ser escuchada, porque no tenía

prejuicio alguno: su objetivo era difundir lo que se había convertido en su proyecto de vida.

Lya, profesora

Además de la formación de médicos en la Cátedra de Puericultura y Pediatría del hospital, y de la Facultad de Medicina, en la que alcanzó la titularidad, Lya dedicó una buena parte de su tiempo a enseñar. Había comenzado el trabajo docente acompañando al doctor Machado en la formación en puericultura de las enfermeras, entre 1936 y 1945, pero paralelamente encontró otros espacios. Entre 1941 y 1958 dicta clases de puericultura en la Escuela de Artes y Oficios de Mujeres, probablemente a través de su cuñada Josefina Coronil. Esta institución fue creada en 1912 con el propósito de enseñar algunos conocimientos técnicos, considerados propios para mujeres, y que consistían en “instrucción elemental suplementaria; higiene doméstica, tocado e higiene del cabello; gimnasia; mecanografía y estenografía; encuadernación; costura, labores de mano y mecánica de máquinas de coser y de escribir; confección de sombreros para señoras y de flores artificiales; contabilidad; floricultura; dibujo y procedimientos de aplicación de las bellas artes a las labores decorativas; tipografía y linotipo; arte de enfermera; fotografía; lavado y aplanchado; tejido de sombreros; cocina y prácticas de economía doméstica” (Martínez, Emma, 2008). Como puede verse, nada en lo tocante a los conocimientos de puericultura, que probablemente se consideraban un saber tradicional sin necesidad de más información.

También, entre 1940 y 1942, ejerció la docencia de puericultura en la Escuela para Demostradoras del Hogar Campesino, lo que indica cómo estaba ya en esos todavía primeros años de su carrera, convencida de la necesidad de que el conocimiento traspasara los muros del hospital. Leonardo Tailhardat (2008) explica la historia de esta institución. Surgió en 1938 como una iniciativa educativa del Ministerio de Agricultura y Cría, siendo el primero de los institutos el denominado Curso Vocacional de Economía Doméstica. La finalidad de esta Escuela era convertirse en principal actora del desarrollo y consolidación de los programas destinados a elevar el nivel socioeconómico de la población rural y suburbana. Entre las primeras asignaturas del primer plan de estudios estaba la puericultura, concebida como un curso de conocimientos generales para mejorar la condición de la mujer embarazada, los cuidados e higiene durante los primeros años de la vida, y las dietas alimentarias

adecuadas para los niños, así como nociones acerca de las principales enfermedades y auxilios en caso de accidentes. Se trataba, evidentemente, de una institución que el Estado creaba en conformidad con los planes de modernización del país, dentro de los cuales era imperativa la atención a la grave situación de la salud pública. En 1954 dio un seminario para la implantación de programas experimentales de educación para la salud del Ministerio de Educación y la Oficina Sanitaria Panamericana. Lya, como profesora de estos cursos (así como los organizados por la Asociación Venezolana de Mujeres que ya mencionamos), se vinculaba con los proyectos de modernización y evidenciaba la conciencia social que la acompañaría toda su vida. Otro ámbito de acción fue la Fundación Eugenio Mendoza. Allí fue directora y profesora de los cursos de capacitación para las maestras de educación preescolar entre 1953 y 1955. Realizó también dos Jornadas de Estudio, en 1967 y 1977, y fue muy apreciada por los alumnos; la promoción que egresó en 1969 lleva su nombre.

Entre otras intervenciones encontramos las siguientes: fue directora del curso de Pediatría Social del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. En 1965 participa en la I Jornada de Ocupación Juvenil organizada por el Ince y Fipan; en 1967 dio un curso de actualización pediátrica de recién nacidos y prematuros para los puericultores de la Zona Sanitaria Metropolitana, auspiciado por el Departamento de Higiene Materno Infantil del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social; en ese mismo año otro de orientación familiar en colaboración con la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Central de Venezuela; y asiste al panel sobre delincuencia juvenil en el Colegio de Médicos de Carabobo. Una intervención muy curiosa, también en 1967, es la titulada “El papel de la esposa del médico en las actividades comunitarias de la Pediatría”, para la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría; decimos curiosa porque evidentemente se esperaba que el pediatra fuese el marido, y no la esposa, como era su caso. En 1970 formó parte del programa docente de Planificación Familiar de la Maternidad Concepción Palacios, que dirigía la doctora Ela Bergher de Bacalao; y en 1971 en el XXI Cursillo de Actualización Pediátrica de la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría. En 1972 participa en las IV Jornadas Iberoamericanas de Derecho de Menores. Además aceptaba invitaciones en todo el país: en el Hospital de Niños de Maracaibo (1968), en el Instituto Pedagógico Experimental de Barquisimeto (1971), en la Semana Social del Niño, también en Barquisimeto (1975), y en 1973 participa en el IV Ciclo de Conferencias “La ciencia en Venezuela” en la Universidad de Carabobo.

Lya, comunicadora

Lya acudía a los programas de radio para expresar sus denuncias o requerimientos institucionales, y también tuvo varias apariciones en televisión. Especialmente fue invitada en diversas ocasiones al programa “Nuestros muchachos”, transmitido por Radio Caracas Televisión durante dieciocho años por Carlos Izquierdo, quien fue director del centro audiovisual que fundó Antonio Pasquali en el Ministerio de Educación. Fue entrevistada por Sofía Imber y Carlos Rangel en el programa “Lo de hoy” (1976), transmitido por Radio Caracas Televisión; y en el mismo canal por Marcel Granier en 1978. Pero, además, tuvo una participación continua en la grabación sonora “Veintiséis minutos para el mañana”, de la Liga Venezolana de Higiene Mental, que durante los años sesenta y setenta contó con su voz para hablar de los más diversos temas de utilidad para padres, maestros, y en general los profesionales vinculados a los problemas de la infancia y la adolescencia: el aborto, la boleta de calificaciones, el cuidado de los hijos mientras las madres trabajan, la desnutrición, el hijo único, la adopción, serían algunos de ellos.

El ochenta por ciento de sus escritos se recoge en publicaciones seriadas; de ellas la mayor parte en el diario *El Nacional*, desde 1955 hasta 1980, y en la revista *Kena*, entre 1964 y 1967. Los décadas de mayor productividad fueron las de los sesenta y setenta. A esto habría que añadir los foros, entrevistas y artículos sobre su obra que suman más de cuarenta. También fue notable el número de sus publicaciones en revistas científicas, particularmente en *Archivos Venezolanos de Pediatría y Puericultura*, y en el *Boletín del Hospital de Niños* (Rengifo y Rosales, 1987).

La División de Divulgación y Publicaciones del Consejo Venezolano del Niño le propuso la recopilación de los artículos de *El Nacional*. Lya dudó, por ser miembro de la Junta Directiva, pero finalmente aceptó considerando que pudiesen ser útiles para el personal. Fueron escritos entre 1955 y 1959, es decir, durante la dictadura perezjimenista que la había obligado transitoriamente a separarse de la institución. Se comprende así este comentario inicial (1959):

Escritos en tiempos difíciles para nuestra infancia, con rígido control de prensa, lograban algunas veces llamar la atención sobre las necesidades de los niños y defender sus derechos, por ejemplo: el caso del Estatuto de Menores.

Fuera de su Tesis de Grado, y un artículo sobre la anemia de 1947, sus escritos no estuvieron orientados a la medicina clínica sino a las necesidades y problemas de la infancia y la adolescencia. Pareciera difícil encontrar los temas que no trató. En los artículos de opinión de *El Nacional* incursiona particularmente en los siguientes: niños abandonados, defensa de los derechos del niño, delincuencia juvenil, hospitalización y lactancia. Otros son para alertar sobre enfermedades infantiles, como la epilepsia, la encefalitis posvaccinal, la parálisis cerebral, la difteria, la anemia, y todavía la tuberculosis. Los hay meramente informativos, pero con frecuencia expresan denuncias acerca de la situación real de los niños venezolanos y sus carencias. En *Kena*, por ser una revista especialmente de lectoría femenina, tienden a los temas de mayor interés didáctico. Lya parte siempre de lo habitual, de la cotidianidad, de los problemas que una madre usualmente enfrentará en la crianza de sus hijos: el aprendizaje de la lectura, los castigos, el destete, el divorcio, el llanto, la muerte, el sueño, la escuela, la televisión, la educación sexual, el control de esfínteres, la adolescencia. Comenta el escritor Roberto Lovera De Sola (1981) que él mismo, durante su adolescencia, se había sentido ayudado e interpretado por sus ideas.

Otra modalidad relativamente frecuente son las semblanzas de personas queridas y admiradas, cuya memoria quiso conservar y dar a conocer: su profesor Jesús Rafael Rísquez, a quien ya le había dedicado un escrito en la que suponemos su primera publicación en español (1935); sus colegas del hospital, Francisco Castellanos, Víctor Zamorani, Pastor Oropeza y Gustavo Machado; el psiquiatra Alberto Mateo Alonso; Janus Korczak, médico polaco, pedagogo y escritor de literatura infantil, que murió en un campo de exterminio; George Heuyer, considerado el pionero de la psiquiatría francesa; y Robert Debré y Nathalie Masse, sus amigos del Centro Internacional de la Infancia. Esas semblanzas expresan algo muy propio de Lya: la capacidad para valorar y agradecer.

En las revistas especializadas el tema fundamental es divulgar entre sus colegas la importancia de la asistencia integral del paciente niño, y la influencia de los factores afectivos y sociales en su salud general. Pero también es notable la paciencia y la perseverancia en transmitir a los médicos venezolanos lo que ella aprendía de las

revistas extranjeras, particularmente francesas. Traducía y resumía artículos que seguramente le habían parecido prioritarios, muy especialmente tomados de *Courrier*, órgano del Centro Internacional de la Infancia; de las publicaciones de la Organización Mundial de la Salud; el Children's Bureau; el Instituto Interamericano de Protección a la Infancia; y de L'Oeuvre Nationale de l'Enfance de Bélgica. También publicaba extractos de los congresos a los que había asistido y resúmenes acerca de las instituciones que había visitado. Así encontramos actualizaciones en criminología, desnutrición, infancia rural, carencia de cuidados, tendencias en la educación preescolar, escuelas para padres, recreación de niños hospitalizados, prevención y tratamiento de la delincuencia, problemática de los niños sin familia o la preparación psicoprofiláctica del parto. Para mejor cumplir con esta misión de actualizadora e informante permanente, la revista *Archivos Venezolanos de Puericultura y Pediatría*, a partir de 1953, puso a su cargo una sección con el nombre de "Problemas sociales del niño".

Otro medio en el cual Lya publicó sus trabajos de divulgación fue *Esperanza*, revista de la organización hebrea "Damas de Hatikvah". Encontramos en ellos sus temas recurrentes: los problemas de la hospitalización, la educación de los padres, las condiciones nocivas para los niños, el trabajo de menores. Son publicaciones menos frecuentes, de mayor extensión que los artículos de prensa, y comienzan en 1965 y finalizan en 1980, con la preocupación de la escasez de agua y sus efectos en la salud pública. Por cierto, *Hatikvah* significa "esperanza" en hebreo y es el nombre del himno nacional de Israel, escrito por el poeta Naphtali Herz Imber que algunos relacionan con los Imber venezolanos pero no hemos encontrado una constancia del parentesco.

¿Cómo encontraba tiempo para escribir tanto? "Ella escribía muy rápido –nos dice Consuelo Ramos de Francisco, que comenzó a trabajar siendo estudiante de bachillerato en el Hospital de Niños–. "Me llamaba, Consuelito, Consuelito ven que tengo que escribir un articulito" (dice imitando su acento); lo escribía a mano, luego yo lo pasaba a máquina, la doctora lo leía, le hacía algunas correcciones, y ya estaba listo". Fernando comenta que, cuando era estudiante de bachillerato, le gustaba leer sus artículos de prensa y le recriminaba que los escribiera tan rápido, sin editarlos, y trataba de pulírseles. Contrastaba su despreocupación por el estilo con su amor por la literatura, particularmente la rusa. Pero es que Lya no podía perder tiempo en el estilo, "lo esencial eran los principios". Lo esencial, agregaríamos, era comunicar, y hacerlo rápido, porque había demasiadas urgencias que atender; y el propósito de la comunicación era la acción: que el conocimiento del problema desembocara en su solución. Lya actuaba

bajo el principio de la racionalidad ilustrada y seguramente se llevó muchas decepciones, pero si las sufrió no la llevaron a decaer.

Fuera de los escritos de los años cincuenta pareciera desaparecer después el interés o la oportunidad por conservarlos reunidos. De su obra publicada destaca el libro *Puericultura* (1959), que sirvió durante muchos años de texto escolar para la educación secundaria, y en el que introdujo el concepto novedoso para la época de que esa asignatura debía ser obligatoria también para los varones.

En nuestros planteles es costumbre que sólo las alumnas asistan a las clases de Puericultura, pero consideramos que esto es un error. Tanto en cualquier labor ciudadana como en la organización de la célula familiar, base de todo progreso social, es indispensable la colaboración y el trabajo mancomunado de los que la forman, o sea el hombre y la mujer.

No sabemos si el error fue subsanado. En cualquier caso el libro ofrecía otras novedades, como eran incluir un capítulo de Pediatría Social, en el cual historiaba la protección social de la madre y el niño en Venezuela; la Declaración de los Derechos del Niño; y el Estatuto de Menores vigente. Otro capítulo estaba dedicado a la información sobre la mortinatalidad, mortalidad neonatal y mortalidad infantil con cifras comparadas por años en Venezuela, y en otros países; lo que suponía un apéndice de investigación al texto escolar.

También encontramos sus escritos en coautoría con Alberto Mateo Alonso, en la recopilación de conferencias de la Liga Venezolana de Higiene Mental, *La salud mental de los hijos*, de 1962, publicado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social y la Secretaría de la Presidencia. Los temas tratados por Lya fueron “El sueño y sus trastornos”; “Problemas de niños en situaciones especiales”; y “La exploración de las actividades lúdicas infantiles”, al que siempre dio mucha importancia, tanto para los niños sanos como enfermos.

Lya, viajera

Al igual que ocurre con sus acciones en el ámbito nacional, las desarrolladas fuera de Venezuela son también numerosísimas. García Arocha (1982: 110) señala 1965

como un año crucial en su carrera en tanto que “es a partir de esa fecha que Lya intensifica su ya dilatada campaña divulgativa, dirigida a penetrar la sociedad, a hacerla consciente del papel decisivo que juega en el destino de los niños”. Probablemente la importancia de ese año estriba en que estuvo invitada por el Centro Internacional de la Infancia para ser profesora en el Centro de Pediatría Social de París. Sin embargo, desde mucho antes Lya había comenzado a frecuentar los congresos y encuentros en Europa, y los más diversos lugares del mundo. El primer viaje del que tenemos noticia es en 1946, cuando asiste como representante de la Junta de Beneficencia al I Congreso Médico Social Panamericano en La Habana. A comienzos de la década de los cincuenta realiza viajes de observación a instituciones dedicadas a la infancia dentro de un programa elaborado por el Centro Internacional de la Infancia; y en 1954 asiste en Zagreb al I Congreso de Protección a la Infancia. A través del Instituto Interamericano del Niño, fundado en Montevideo, asiste como delegada por Venezuela a un seminario celebrado en Haití en 1957; y al año siguiente, en calidad de representante del Consejo Venezolano del Niño, asiste al II Congreso Mundial de Protección a la Infancia en Bruselas.

Ya para estos años Lya había desarrollado vínculos con las más importantes instituciones europeas dedicadas a la infancia, y con una frecuencia casi anual la encontramos asistiendo a eventos, seminarios, conferencias, que eran para ella su fuente de alimentación de conocimientos. Poco tenía Venezuela que ofrecer sobre ese particular en aquellos tiempos de modo que Lya se convirtió en una suerte de avanzada que obtenía de primera mano las novedades en el campo de la protección a la infancia. En 1961 asiste al VI Congreso Internacional de la Salud Mental en París; en 1962 al seminario sobre fatiga escolar que dicta el eminente profesor Jean Piaget en el Centro Internacional de la Infancia; en 1963 a la 50ª Conferencia Anual de la Asociación Nacional para el Bienestar de la Madre y el Niño, en Londres; en 1968 al Congreso de la Federación Mundial de las Escuelas para Padres en Yugoslavia. En los años setenta establece vínculos con la Unión Internacional de Protección a la Infancia de la que fue designada miembro de su Consejo Directivo en 1974 y vicepresidenta en 1976. Como representante del organismo asistió a la reunión celebrada en Nairobi (Kenia) en 1975. Este organismo con sede en Ginebra (Suiza) fue fundado en 1920 como órgano consultivo de las Naciones Unidas, y su finalidad era hacer conocer los postulados de la Declaración de los Derechos del Niño, ayudar a los menores en desgracia y elevar el nivel de la protección a la infancia en el mundo.

También viajó mucho por América Latina. Estuvo en el XIII Congreso del Niño celebrado en Quito en 1968; en ese mismo año en San Salvador, fue participante del Curso Regional Interamericano para el estudio integral de la adolescente, patrocinado por el Instituto Interamericano del Niño y el Centro Internacional de la Infancia. Para esa organización había dictado cursos acerca de los niños privados de familia de América Latina, en 1965. Asistió al Congreso de Pediatría de México en 1969; al XI Congreso Panamericano del Niño en Colombia en 1970; a la reunión de la consulta sobre educación para la vida familiar de la Organización Panamericana de la Salud en 1973; al XVI Congreso Internacional de Pediatría, realizado en Buenos Aires en 1974, en el que presentó una ponencia titulada “Ser pediatra hoy” junto con los doctores José Francisco, Enrique Pérez Guanipa y otros. El trabajo era una cruda denuncia de las condiciones socioeconómicas de la infancia y adolescencia en América Latina, que ha debido, sin duda, conmover al auditorio. En 1975 asiste a la Conferencia Interamericana de Salud Mental de Niños y Jóvenes celebrada en México, y vuelve a esa ciudad en 1977 para asistir al Simposio Internacional de Medicina Social en homenaje a Nathalie Masse.

Del ámbito internacional destaca su acción en Guatemala a raíz del terremoto de 1976. Lya formaba parte del Consejo Directivo de la Unión Internacional de la Infancia pero en ese año fue designada vicepresidenta en la reunión celebrada en Ginebra. Viajó como observadora enviada por el Centro Internacional de la Infancia a fin de levantar un estudio que determinara las necesidades de ayuda internacional. A su regreso a Caracas convocó a la Confederación Venezolana de Trabajadores, a Fedecámaras y al Gobierno Nacional para recoger fondos, y con esa suma y otras contribuciones aportadas por diversos organismos, elaboró un proyecto de construcción de una guardería, que se inauguró en 1978 con el nombre de Guardería Infantil San Antonio, en la localidad de San Juan Comalapa.

Otros nombramientos internacionales fueron dentro de la directiva de la Sociedad Internacional de la Defensa Social (Paris, 1962-1976) y del Consejo de Administración de la Federación de Padres y Educadores (1964-1976). En 1980 el Centro Internacional de la Infancia la había designado directora del Curso Regional de Pediatría Social, cuya sede fue en Caracas, y al frente de ese curso estuvo Lya hasta que la enfermedad la obligó a separarse de sus labores.

Encuentro con Nathalie Masse

La presencia internacional de Lya estuvo muy vinculada con Nathalie Masse, que fue para ella fundamental en lo personal y lo científico. Ella misma le hace un homenaje en un artículo titulado “Evocación de Nathalie P. Masse” (1976) en el que relata su relación. Se conocieron poco después de la fundación del Centro Internacional de la Infancia en París, en 1947. El objetivo de este centro creado por la Unicef y el Gobierno francés era trabajar con las instituciones de las Naciones Unidas en todas las regiones del mundo, pero especialmente en las más pobres. Sus objetivos eran la capacitación del personal técnico y la investigación y documentación de los problemas de la infancia. Masse fue responsable de los cursos internacionales para posgraduados, y consejera de la Organización Mundial de la Salud. Recorrió América Latina para dirigir los cursos que se regían por un acuerdo entre el Instituto Interamericano del Niño y el Centro Internacional de la Infancia.

Nathalie Masse (1919-1975) nacida en Francia, vio sus estudios de medicina interrumpidos por la guerra, pero gracias a su tenacidad pudo realizarlos después. Tenía con Lya muchas coincidencias, que sin duda incidieron en su amistad. “Sin que me atreva en ningún momento a equipararme a Nathalie Masse, nos unían muchas cosas, y al descubrirlas y analizarlas nos asombrábamos a veces de tanta similitud”. Ambas eran rusas de origen, judías, casadas con médicos cirujanos, con hijos de parecidos intereses, especializadas en pediatría social, y “animadas por un espíritu internacional”. Podríamos agregar que murieron con seis años de diferencia de la misma enfermedad. Se encontraron en numerosas ocasiones, tanto en viajes de Lya como en la visita de Masse a Caracas en 1962 para dirigir un curso de Pediatría Social; muchos pediatras venezolanos fueron becados para estudiar en el Centro, que hoy en día ha desaparecido.

Lya y Nathalie coincidieron en el XIV Congreso Internacional de Pediatría en Buenos Aires, y fue en esa oportunidad cuando Nathalie le comunicó que había sido operada de un cáncer, aunque le ocultó que sufría una metástasis ósea. Se vieron por última vez al año siguiente en París. El Ministerio de Educación venezolano le confirió la Orden “Andrés Bello”, en lo que es de suponer estuvo la sugerencia de su amiga, pero no vivió para recibirla. Cuatro días antes de morir Nathalie comenzó una carta para Lya, que ésta recibió a través de una de sus colaboradoras.

Lya encontró en ella lo que estaba buscando: el apoyo internacional a sus ideas, y compañía en lo que era una tarea solitaria en Venezuela. Compartían la nostalgia de

“un cierto involuntario abandono” de la importancia de los fenómenos socioeconómicos y culturales en la pediatría por parte de la medicina tradicional. En este artículo que escribió poco después de su muerte Lya finaliza con un emotivo pasaje en el que alude a que la correspondencia entre ellas, después de despachar los asuntos profesionales, cerraba con algunas frases cariñosas escritas en ruso, y “es por esto que mentalmente es en esta forma que me estoy despidiendo de ella”.

Pensamos que Nathalie Masse representaba para Lya esos afectos de “sus maestros y amigos del Viejo Mundo” a los que aludía en la dedicatoria de su tesis. Cuando comenta que imaginaba el dolor del profesor Debré, presidente del Centro, y maestro de Nathalie, al escribir la nota necrológica en *Courrier*, estaba también expresando el suyo. Pero, siempre reservada con sus propios sentimientos, prefirió decirlo de una forma útil para todos: “resulta difícil aceptar su ausencia y ha de constituir formal compromiso proseguir la lucha por mejorar la suerte de niños y jóvenes en el mundo”. Eso continuó haciendo.

LA PEDIATRÍA SOCIAL SEGÚN LYA IMBER

*Un niño es una persona pequeña que no puede enfrentarse sola a la vida,
un niño es un ser en un momento difícil.*

Lya Imber

En un texto publicado por la *Revista de la Federación de Estudiantes Venezolanos* el 14 de diciembre de 1936 (Pérez, 1967: 374), aun cuando envuelto en un lenguaje político propio del momento, parecía vislumbrarse lo que sería su trayectoria

Lya Imber: he aquí un nombre lleno de sugerencias para los estudiantes venezolanos. El esfuerzo de todas las horas, la flexibilidad inteligente que improvisa soluciones en un medio amurallado por los prejuicios, la audacia incomparable de ser la primera en abrir paso a la mujer estudiante en tierra hasta ayer extranjera, y hacerlo todo menospreciando el halago de la publicidad y aborreciendo la perspectiva mediatizada del profesionalismo que trafica el señuelo vulgar de un *modus vivendi* burgués. Tal la valía de Lya Imber, estudiante. Lya Imber, médica, será nuestra ciencia adueñándose de maternidades y hospitales, adentrándose por el llano desierto y las barriadas desamparadas, por la fábrica depauperante y el latifundio esclavista.

Sería erróneo catalogar a Lya dentro de alguna corriente política en particular, y más exacto decir de ella que fue una persona con una vocación humanista y universal, que entendía la vida desde una conciencia ética y ciudadana, de la que se desprendía su manera de ejercer la medicina como una acción social que la comprometía enteramente. Estaba convencida de que la humanidad no podía eludir la protección de la infancia, y lo resumía en esta frase: “Los sufrimientos, las enfermedades y la muerte de los niños, solamente deben ser tolerados cuando suceden por causas absolutamente inevitables”; citaba a continuación el verso de Miguel Otero Silva: *Mientras los niños mueran yo no logro entender la misión de la muerte* (1955a). Progresivamente fue articulando todas aquellas circunstancias que pudieran de una manera u otra lesionar el desarrollo humano

o incidir en él de forma favorable. Es decir, todas aquellas circunstancias de la vida cotidiana desde las pautas de crianza y educación, hasta la utilización de las actividades sociales, el entretenimiento, la educación formal, la prevención de las enfermedades, las condiciones del hábitat, y por supuesto la atención de las necesidades materiales y psicológicas en la infancia. Para Lya la medicina social era “el anhelo de solucionar en forma técnica el hondo problema del sufrimiento humano” (1958b).

Pensaba que, si la humanidad comprendía la necesidad de proteger a la infancia, es decir, al ser humano cuando es “una persona pequeña”, los conocimientos científicos podían solucionar sus sufrimientos, si se invertía en ello los recursos necesarios. Sus ideas tenían una mezcla de pragmatismo e idealismo. Era pragmática para buscar y encontrar las soluciones, según las realidades las demandaban, pero idealista en cuanto a que sus metas implicaban unas prioridades absolutas que no siempre convenían a las sociedades. Para Lya era incomprensible que se gastara en otras áreas cuando había niños requiriendo ayuda. ¿Por qué se le concedía una sede propia al Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes en el Centro Simón Bolívar si el Consejo Venezolano del Niño funcionaba en una casa de lotería? Si había miles de niños sin escuela, enfermos, hambrientos, sin cupo, sin familia, el teleférico de Caracas, inaugurado en 1956, era “un cínico reto, lujoso y ostentoso” (1958c). El advenimiento de la democracia lo expresó desde el punto de vista en el que ella estaba permanentemente situada. Un artículo publicado poco después del fin de la dictadura dice (1958d).

:

En los extraordinarios días que vive Venezuela, cuando después de muchos años se habla, se cuenta, se dice de los horrores de opresión y torturas, es necesario también hablar de estos niños... Nada resulta más perjudicial y más nefasto para la normal evolución de la protección de la niñez, además de la despreocupación oficial para estos problemas por los regimenes dictatoriales, que la falta de posibilidades de crítica y de libre exposición de ideas.

. Estaba convencida, y así lo continuaba expresando en ese texto, de que una característica de la democracia es la preocupación por la infancia; y tal como había afirmado en otros escritos, insistía en que las familias y las naciones se juzgan por la atención que se brindaba a sus ciudadanos más débiles. Probablemente en la Venezuela

posperezjimenista estas ideas tenían resonancia, pero aun así pudiera decirse que Lya estaba adelantándose en mucho a la concepción de derechos humanos que en aquel momento había en el país. Su visión era siempre buscar en el mundo los mejores ejemplos, es decir, los de aquellos países cuyo desarrollo implicaba la conciencia ciudadana, otro de sus temas favoritos. “La conciencia ciudadana es, quizás, el elemento primordial que permite la creación de un ambiente más propicio y más favorable para el desarrollo del niño” (1955b). En ese mismo artículo comenzaba una tarea que siempre fundamentó sus escritos como era informar acerca de las instituciones internacionales que promovían la solidaridad entre los países para la protección de la infancia y la difusión del mensaje; particularmente de la Unión Internacional de Protección a la Infancia. Lya lograba estar al día en cuanto a eventos internacionales y cifras relevantes sobre los más variados temas, y llama la atención el esfuerzo que esa permanente actualización representaba en los tiempos sin internet.

Su énfasis en un tema que ya entonces era grave, pero no demasiado tomado en cuenta –la situación de los menores en estado de abandono–, lleva a Elisa Lerner a afirmar que Lya fue una visionaria de lo que podía ocurrir en Venezuela con la infancia abandonada; hoy no podríamos sino admitir que las relaciones entre abandono (entendido como lo entendía Lya, es decir en el sentido material pero también moral y afectivo) y delincuencia constituyen un hecho fácilmente demostrable. En la multiplicidad de causas que inciden en el abandono infantil, Venezuela ha encontrado uno de sus más profundos problemas sociales, y de consecuencias que han terminado por ser catastróficas. Lo que por un lado es descorazonador, pero por otro ejemplar, es constatar como muchos de nuestros problemas, cuando parecían ser posibles de recuperación, fueron advertidos y denunciados en su momento, por intelectuales y académicos que con frecuencia quedaron relegados a profetas del desierto.

En una entrevista realizada por la escritora Lucila Velázquez (1964) expresó con toda claridad su visión del problema de la infancia:

No se puede hablar aisladamente del grave problema de la infancia venezolana pues este es consecuencia de la situación general de nuestra nación. Siempre es más lógico hablar de la familia y más aún de la sociedad que de la infancia; y es imposible la solución aislada del problema del niño sin solucionar por consiguiente el de la sociedad y la familia. Cualquiera que sea la solución que aspira alcanzar las raíces del problema de la

niñez en Venezuela tiene que contemplarlo de esta forma. Tal es el grado de interés que amerita, porque sin duda es tan importante como el petróleo o la Reforma Agraria.

Fueron también parte de su ideario la divulgación y concientización de problemas políticos que iban más allá de la infancia. Como persona que había conocido las guerras y el totalitarismo en Europa podía estar atenta a las pequeñas señales de la intolerancia y la discriminación con más atención que la que quizás tenían sus contemporáneos, que habían vivido las consecuencias de las dictaduras militares pero no las del odio entre conciudadanos. Que en los años sesenta alguien hablara de xenofobia era realmente insólito. Ciertamente, en Venezuela, como ya lo comentamos al inicio de estas páginas, se dio una amplia acogida a la presencia de emigrantes, y Lya misma era producto de ello, pero eso no le impidió declarar: “quiero señalar que la xenofobia, desafortunadamente consecuencia algunas veces del temor de perder la propia seguridad o de otros sentimientos, está presente en el ánimo de muchos de nuestros adultos”. Y con más certeza todavía enfatizó: “Como médico hay que luchar tanto contra el odio como contra el cáncer” (1967). Hoy también pudiéramos decir que fue visionaria en el tema de la intolerancia. Ya en los años cincuenta, en los que se produjo un fuerte contingente migratorio hacia Venezuela, Lya había comentado acerca de la importancia de educar en los niños el “sentido internacional” para asentar desde la infancia “la solidaridad fundamental que liga al niño y al adolescente a los seres humanos, los más lejanos, más allá de las fronteras, con diferentes culturas de credo y mentalidad”.

En ese mismo artículo (1959) daba noticias de un congreso realizado en Venecia con el título “Educación del sentido internacional en el niño”, que en la Europa todavía bajo las consecuencias de la posguerra se proponía educar a padres y maestros en el concepto de la no discriminación y uso de términos que pudieran ser utilizados en sentido peyorativo: “negro”; “país pobre”; “pueblo pagano”, etc. Consciente de la política de inmigración que había en Venezuela en aquellos años, concluía que era una gran oportunidad para que los niños pudieran educarse en un sentido universal de respeto por los hombres del mundo. El concepto de Lya era muy claro: educar para trascender las limitaciones y prejuicios que se desprenden de la nacionalidad, la clase social, el origen étnico y la religión. Por eso hemos insistido en su sentido humanista y

universalista como una de las guías fundamentales de su acción: recibir ayuda de donde viniese; devolverla a quien la necesitara.

Una de sus luchas en ese sentido estuvo dirigida a la utilización del término “pobre”, generalmente con fines políticos. Consideraba discriminatorio que las medidas gubernamentales de asistencia se dirigieran de manera aislada a los sectores marginales. “La política nacional de asistencia al niño debe ser dirigida a todos los niños, uniformándolos en un total respeto en el cumplimiento de sus derechos y en la satisfacción de sus necesidades esenciales”. Igualmente pensaba que debía hablarse de atender a los niños “en todas sus necesidades”, más que de atender a los niños “abandonados”. “Si se atiende a los niños abandonados, tácitamente dejan de ser abandonados” (1979b). No nos cansamos de apuntar que estas precisiones, es decir, esta concepción de que en el propio lenguaje va implícita la discriminación, eran sin duda muy avanzadas para el estado de comprensión de los problemas sociales y de derechos humanos que se manejaban entonces en Venezuela.

Otra argumentación que sostuvo con mucha tenacidad fue la distinción entre abandono y delincuencia. En la entrevista citada con Lucila Velázquez declaró enfáticamente: “Un menor abandonado puede ser un delincuente si continúa abandonado y no hay duda de que lo será si se le trata como un delincuente”. De allí su lucha para que los menores en estado de abandono no fuesen transferidos a los retenes, su oposición a que se rebajase la edad de imputabilidad, y su denuncia de los maltratos sufridos por menores reclusos en la Cárcel del Obispo de Catia en 1959.

A finales de los años setenta publicó un artículo titulado “Mendigos y menores”. De nuevo insistía en el lenguaje: “los mendigos no son una categoría humana”; lo correcto era denominar los servicios asistenciales existentes para los diversos grupos sociales: si se trataba de ancianos, de menores, de enfermos mentales, etc., en estado de abandono, y que por sus diferentes condiciones requerían ayudas especializadas. A propósito de este tema menciono una referencia personal, cuyo propósito no es hablar de mi persona sino de Lya, y de su manera de defender sus ideas. Contemporáneo de su artículo fue uno mío –de hecho, mi primera publicación en un diario (*El Nacional*, 25 de noviembre, 1977)– titulado “Locura y pobreza” En él Lya encontró conceptos similares a los suyos y se tomó el tiempo de escribirme una carta en la que reiteraba el agrado que le había producido leerlo. Añadía lo siguiente: “por experiencia propia un apoyo amistoso de algo que uno escribe, dice o trabaja es siempre estimulante”. He guardado esa carta, que me entregó María Elena, por más de treinta años. Sobra decir que para la

joven profesional de la salud mental que yo era entonces un estímulo proveniente de Lya Imber no era cualquier cosa. Pero no hay en esto ninguna vanidad. El seguimiento de su trayectoria nos lleva siempre hacia una persona que se destacó en la sumatoria permanente de los talentos y disposiciones de los otros, orientados siempre a un fin superior a todos; fue en cierto modo una gerente especialista en convocar sinergias, una “cazadora de talentos” siempre atenta a descubrir con quien podía establecer alianzas para seguir avanzando, y a quien dar un apoyo para contribuir a sus ideales.

Dentro de los temas sobre problemas graves de la infancia hemos destacado el abandono, al que también habría que añadir el maltrato; y dos circunstancias relacionadas, no exentas de polémica: en primer lugar, los temas relacionados con la parentalidad indeseada –control de la natalidad, aborto y adopción–; y en segundo lugar, la delincuencia juvenil.

En pleno año del Mayo Francés, el 25 de julio de 1968, el papa Paulo VI emitió la encíclica *Humanae Vitae* acerca del control de la natalidad en la que expuso, una vez más, los mismos argumentos y prohibiciones de la Iglesia Católica con respecto a la regulación de los nacimientos para los practicantes de la religión. Pocos días después, el 31 de julio, la periodista María Elena Páez publicó en *El Nacional* un reportaje titulado “Cuatro damas opinan sobre la encíclica del Papa”. Eran estas: María Briceño de Burelli (esposa del político socialcristiano Miguel Ángel Burelli Rivas), Olga Escobar de Fernández (esposa del político socialcristiano Lorenzo Fernández), María Eugenia Brunicardi de Álvarez (presidenta de la Cruz Roja Venezolana) y Lya Imber de Coronil. Las opiniones quedaron empatadas. Se trataba, sin duda, de una posición difícil; Lya era la única mujer no católica del grupo, y por consiguiente sus declaraciones estaban en riesgo de ser apreciadas desde esa perspectiva. Pero su posición fue muy clara: la consecuencia de mantener la prohibición del uso de anticonceptivos sería el remordimiento y la angustia de estar transgrediendo una norma, hasta tanto la Iglesia reconsiderara una medida que había producido un gran desconcierto entre los creyentes del mundo entero. Y luego dos precisiones sociales: la prohibición afectaba directamente a las mujeres pobres; el veinte por ciento de los ingresos por problemas en el embarazo registrados en la Maternidad Concepción Palacios se debían a los abortos provocados. María Eugenia Álvarez (esposa del doctor Pedro J. Álvarez, distinguido pediatra con una trayectoria similar a la de Lya, y ambos muy amigos de los Coronil), lamentó la decisión papal y destacó también el problema de las familias de clase media.

En la citada entrevista del programa “Lo de hoy”, conducido por Sofía Imber y Carlos Rangel, Lya fue entrevistada acerca de la adopción.

Hablando de una manera general, creo que nosotros lo que deberíamos decir, es que lo ideal sería que los niños no fuesen abandonados, eso sería lo más ideal; cuando se piensa que los padres abandonan a sus hijos por una total carencia de recursos, que con un poco de orientación, con un poco de ayuda, con una sistematización de la vida que pudiera permitir el disfrute de su hijo, ellos no lo abandonarían; algunas veces es realmente una desesperación lo que los lleva a eso, y desgraciadamente, esa desesperación es producida por la sociedad que podría evitarla. En esos casos, cuando sucede una cosa de éstas y el niño pasa a otras manos, bueno, pasó; y yo no creo que debe regresar, en ningún caso, porque la vida de un niño dividida así, entre dos hogares y entre una discusión, produce grandes desajustes en la vida del niño, y en todo caso, cuando esto sucede, yo pienso que cada caso es diferente de otro. No se puede decir: ¡Ah, no!, porque la ley dice... No, no, la ley es una cosa muy importante, pero más importante es el bienestar del niño y las condiciones de seguridad que cada familia le pueda proveer. Ése es mi criterio.

Este criterio era el mismo que defendió Anna Freud para el establecimiento de políticas de familia: es el concepto que propone “el mejor interés” y la “alternativa menos dañina” para los niños en contraposición a los criterios que amparaban siempre los vínculos biológicos en casos de adopción o separación de los hijos por incapacidades psíquicas de los padres; conceptos que fueron adoptados en el Children Act de 1975 en Inglaterra, y tuvieron una notable influencia en la atención infantil y las políticas legales en Estados Unidos.

El tema de las adopciones es particularmente interesante porque Lya “confiesa” en esa entrevista que en alguna oportunidad “yo he hecho dentro de mis actividades este tipo de adopciones irregulares”. Naturalmente los periodistas insistieron en que detallara mejor aquello pero no hubo manera de sacarle una palabra indiscreta. “Esto podría afectar a una persona que podría escucharlo; de modo que este es un capítulo que cerramos”. Al igual que ocurrió con aquel niño llamado XX, a quien en cierta forma Lya adoptó irregularmente, aceptaba haber traspasado las normas legales de adopción, que, como ella sabía muy bien, hacían del proceso un laberinto burocrático desesperante

para los padres que deseaban adoptar, y no marchaban en “el mejor interés del niño”. Con toda seguridad, como persona respetuosa de las instituciones, no hubiese elegido caminar por las vías irregulares, pero más fuerte que ese respeto era para ella la posibilidad de aliviar el sufrimiento, y sobre todo, de salvar a un niño del abandono y el maltrato.

Como dice José Francisco Lya “fue pionera por la vía de la sensibilidad”, y esto nos introduce en uno de los temas que constituyó para ella una lucha tenaz desde los primeros momentos de su carrera. Volvamos a la esquina de Pirineos en 1937.

Los padres de un recién nacido gravemente enfermo le dicen a la doctora Imber que pasarán la noche en la calle, en la acera del hospital, y le piden un favor: que les avise si el niño muere. Lya era muy joven, no se había casado aún, y dependía de aquel trabajo. “Despistando al portero y temblando de miedo de ser despedida o amonestada, dejé a los jóvenes y conscientes padres pasar la noche con el niño”. Años después relató este hecho en una reunión ante representantes de la Organización Mundial de la Salud, y agregó: “Hoy también hay que dejar pasar a los padres escondidos, pero hoy no tengo más miedo de ser despedida” (García Arocha, 1982). Durante muchos años estuvo estrictamente prohibido que los familiares de los niños hospitalizados permanecieran en el hospital más allá de los horarios de visita. No es de suponer que Lya tuviese ninguna duda de que había actuado correctamente, pero si alguna vez reflexionó acerca de aquella imprevista e “irregular” decisión de su juventud, la respuesta definitiva llegó en 1978, tres años antes de su muerte. En un aeropuerto nacional, en el que seguramente se encontraba por razón de las múltiples conferencias que dictaba en todo el país, un hombre que describió como buen mozo y con barba, se le acercó y le preguntó si era ella la doctora Lya Imber. El hombre, entonces, se identificó como el hijo de la pareja a la que había permitido pasar la noche en el hospital de la esquina de Pirineos.

El tema requiere una digresión. A mediados de los años treinta comenzaron los estudios del psicoanalista de origen húngaro René Spitz acerca de la teoría del apego infantil y los daños producidos en los infantes a consecuencia de la deprivación materna. En síntesis, sus observaciones sobre el psiquismo infantil lo llevaron a concluir que, cuando en la temprana infancia el bebé es separado temporalmente de la madre por un período entre tres y cinco meses, sin una sustitución adecuada, se produce un cuadro denominado depresión anaclítica, que puede revertir si termina la deprivación emocional, pero, en el caso en que continúe, el bebé sufrirá un cuadro irreversible denominado hospitalismo, que acarrea severas perturbaciones físicas y psíquicas, y

finalmente la muerte. Este cuadro fue denominado así porque ocurría en los hospitales y otras instituciones cerradas en las que los niños quedaban expuestos al aislamiento afectivo y al cuidado impersonal.

A las investigaciones de Spitz se unieron las del psicoanalista inglés John Bowlby y los trabajos de Anna Freud y Dorothy Burlingham en Londres con niños afectados por la guerra. Fueron descubrimientos esenciales en la comprensión del desarrollo psíquico infantil y en la modificación de las políticas hospitalarias. Aun cuando las hospitalizaciones comúnmente no son tan largas como para provocar los cuadros de depresión anaclítica y de hospitalismo, el aislamiento, la soledad, el cuidado impersonal y la rutina son también importantes factores traumáticos. Los trabajos de Bowlby, y otros similares, fueron citados y traducidos por Lya, pero ocurre que la mayor parte de las publicaciones de estos autores tuvieron lugar en los años cuarenta, y resulta más que improbable que Lya pudiera conocerlas en Caracas a finales de los años treinta, cuando todavía no había tenido oportunidad de viajar fuera del país. Aunque luego encontrara estas ideas recogidas en los libros que se publicaron en Inglaterra y Estados Unidos, cuando comenzó a crear pautas de cuidado hospitalario en Venezuela estaba trabajando sobre su intuición y sensibilidad. Lya comprendió los efectos dañinos de la hospitalización antes de que el hospitalismo fuera descrito y dedicó una buena parte de sus esfuerzos a la humanización de los hospitales; es decir, al establecimiento de políticas que permitieran a los niños reclusos permanecer en contacto con sus seres queridos, y en ofrecerles oportunidades de educación y recreación adecuadas a su edad durante los períodos de hospitalización. Insistió siempre en la importancia del clima afectivo para la recuperación física, al punto de afirmar que un juguete podía ser tan importante como un antibiótico.

Sin embargo, el concepto de humanización no era para Lya solamente un asunto de los médicos y de la atención clínica; “consiste en eliminar esas condiciones (falta de agua, suciedad, ranchos) y brindar a los seres humanos que viven en estas condiciones infrahumanas, las consonas con los derechos del hombre” (1979b). Ya durante los años cincuenta, en el artículo “Peggy, Carmencita y Gabrielito” (1960), había definido el concepto de humanización:

No hay que cansarse de repetir que cuando se habla de “humanización” en las instituciones, no se trata de bondad ni de sentimentalismo, ni mucho menos de caridad.

Es una adecuada organización que tiene la finalidad de satisfacer las necesidades humanas logrando de esta manera la obtención de mejores resultados.

Quizás la conclusión de su pensamiento pudiera estar en que la atención médica era solamente una parte de los derechos humanos. En la medida en que fue avanzando en estas ideas, o mejor dicho en la que fue instalándolas como prioritarias en su acción, pasó del campo médico al campo social.

El otro tema que Lya abordó en múltiples ocasiones fue el delincuente juvenil. Comenzando por el término, con el que seguramente no estaba de acuerdo para definir las transgresiones legales perpetradas por menores; si bien es cierto que ella no conoció la situación actual de la violencia en Venezuela. En 1970 la Cámara de Diputados celebró un debate acerca de esta materia que comenzaba a sembrar la inquietud de la sociedad venezolana; considerando que el Estado carecía de una doctrina integral frente a la delincuencia la Comisión encargada del asunto organizó varios ciclos de conferencias, realizados en el Palacio de las Academias, para escuchar la opinión de los expertos –en su gran mayoría abogados–, que luego fueron recogidos en un volumen (1971). La presentación de Lya estuvo a cargo del diputado David Morales Bello:

La vamos a escuchar con la atención que ella bien merece como profesora, como madre de familia, como ciudadana de hondas preocupaciones sociales, como doctora en una materia que tantos se dan el lujo de ignorar: el amor al prójimo.

Por supuesto Lya, que para aquel momento había dedicado al asunto más de diez piezas, entre artículos de prensa y trabajos, en su conferencia ante los diputados aceptó de inmediato que el tema requería la presencia no solamente de médicos pediatras y psiquiatras sino de muchos otros profesionales (urbanistas, economistas, psicólogos) porque “la delincuencia juvenil está lejos de pertenecer al mundo de las leyes”. Después de una introducción en la que demostraba su conocimiento sobre la materia se encaminó al nódulo de sus preocupaciones.

¿Puede aplicarse el criterio técnico y jurídico “delincuencia” a la masa de niños en estado de abandono?... La verdadera profilaxis del delito es la asistencia integral a nuestra niñez. Asistencia planificada, coordinada, rigurosa, desprovista de fantasías y de improvisación.

Era necesario distinguir entre la justicia jurídica y la justicia social; así como entre protección jurídica y protección social. Recordó para los asistentes que en aquel momento más de millón y medio de preescolares se encontraban carentes de la más elemental protección, además de los niños excepcionales y de los miles que trabajaban sin control alguno. Insistía en su permanente consideración: la delincuencia juvenil no era un fenómeno aislado; requería la asistencia integral del niño y de la familia. Sin duda estaba presente en ella el pensamiento de Gustavo Henrique Machado.

En el mencionado discurso de la reapertura de la biblioteca denominada en su homenaje (1965) precisamente Lya relató una anécdota sucedida poco antes. Machado, en sus funciones de asesor del Jardín de Infancia “Luisa Goiticoa” de la Fundación Eugenio Mendoza, había sido víctima de un atropello por parte de unos jóvenes, y “lejos de abrigar rencor, sintió dolor por las causas etiológicas generadoras de la antisociabilidad”. Esas causas remitían, en palabras de Machado, al desamparo infantil. Al igual que para su maestro, para Lya “la niñez abandonada, sus causales y sus consecuencias, es el problema primordial de los países en vías de desarrollo”.

Roberto Lovera De Sola (1981) incluye a Lya entre los “seres de la paz”. Es decir, quienes sin haber participado en guerras ni en política merecen siempre ser recordados. Más que nunca es necesaria esta reivindicación de la memoria civil, de “seres como Lya Imber [que] han trabajado siempre silenciosamente, edificando el país, y su obra, siempre positiva forma una larga tradición que no debemos olvidar”.

ÚLTIMA PRESENCIA

Lya supo ser discípula cuando le correspondía; amiga y colega en igualdad de condiciones; y líder y jefa si era necesario. Podía ejercer como hija, hermana y madre con habilidad y dulzura, pero también con firmeza y autoridad porque no estaba “en familia” todo el tiempo; tenía un modo de pensar institucional que le permitía colocarse en lo estrictamente ético y normativo cuando los afectos debían quedar en segundo plano. María Elena en su infancia le inquietaba pensar en su mamá como una mujer que pasaba largo tiempo en reuniones de trabajo en las que era “la única mujer, una mujer no católica, una mujer detrás de un escritorio, una mujer exigiendo puntualidad, posiciones técnicas de avanzada”, y anhelaba más poder para ella. Lya consiguió mucho apoyo de quienes tenían poder –económico, político–, aunque quizás no todo el que hubiese deseado y necesitado, precisamente porque era una mujer que, detrás de un escritorio, representaba un poder moral. No había sido educada en Venezuela y no llegó nunca a dominar el arte del “negociado criollo”, piensa Fernando. Se sostenía en la convicción de sus principios, y la sociedad venezolana de su tiempo la identificó como icono de esos principios.

Si leemos entrelineas alguno de sus escritos se aprecia el disgusto que le producía cuando las “piezas de la maquinaria”, por razones de cualquier índole que fuesen, se desajustaban y no permitían el buen funcionamiento del organismo. Leemos también una permanente insatisfacción, no porque no pudiese disfrutar de lo logrado, y menos porque fuese una persona proclive a la queja, sino porque siempre era capaz de visualizar una mejor realización de lo emprendido. Era alguien para quien una meta alcanzada era precisamente el comienzo de la próxima. En suma, el tipo de persona a la que solamente la enfermedad o la muerte pueden detener.

Y efectivamente, durante un viaje enfermó seriamente. Lo que en un primer momento sugería a sus amigos médicos diagnósticos benévolos en los que trataban de creer, y hacerle creer, llegó finalmente en Houston a una conclusión fatal: un carcinoma pulmonar con metástasis, de incidencia rara. Tanto por su manera de encarar la realidad, como por su formación, Lya no tuvo dudas sobre lo que podía esperar. La evolución fue rápida y sobrevivió poco más de tres meses. Durante ese tiempo –relata García Arocha (1982: 127)– “mantuvo una clara conciencia intacta y siempre alerta, aguardando día a

día, hora a hora, minuto a minuto, el final de su destino”. Finalmente ocurrió el 13 de septiembre de 1981.

Cuando se supo su gravedad las reacciones no se hicieron esperar. En años anteriores había recibido la Orden “Diego de Losada”, la Orden “Francisco de Miranda”, y la Orden “27 de Junio”. En la proximidad de su muerte la Academia Nacional de Medicina la eligió unánimemente como miembro correspondiente para ocupar el puesto No. 45 en sustitución de José Tomás Jiménez Arráiz que ascendía a Individuo de Número. Era la primera médica en acceder a la Academia, a la que no pudo incorporarse (Miranda, 1998). La Liga Venezolana de Higiene Mental la designó Presidenta Vitalicia. El Gobierno Nacional le concedió la condecoración que ya comentamos al inicio de estas páginas. La casa de los Coronil recibía constantes llamadas y visitas, que a veces atendía con amabilidad, y otras no podía responder. Después de su muerte la prensa recogió artículos de las más variadas procedencias, así como se hicieron presentes las distintas instituciones con las que había estado relacionada. El *Nuevo Mundo Israelita* destacó la noticia de su incorporación a la Academia Nacional de Medicina y poco después la de su fallecimiento. *El Nacional*, en el que tantas enseñanzas dejó escritas, hizo un homenaje final con la “mancheta”: “Los niños venezolanos están de duelo”.

A su despedida final asistieron representantes de todos los sectores políticos, culturales y académicos del país; incluido el Arzobispo de Caracas, monseñor José Alí Lebrún, que había sido su vecino en los lejanos tiempos de La Victoria, y vino a encomendar su alma a Dios. Como escribió Alfredo Coronil Hartman, Lya murió en el seno de todas las religiones. El periodista Eduardo Delpretti, quien la apreciaba mucho y recogió la crónica de aquel día, comenzó por decir que no cabía la gente en la casa y que muchos tuvieron que esperar afuera. Radio Caracas Televisión en su programa “Clásicos dominicales” ofreció el Requiem de Brahms en su memoria. Por solicitud de los televidentes se repuso un programa dedicado a ella de la serie “Nuestros muchachos”, conducida por Carlos Izquierdo en la Televisora Nacional. En el VIII Congreso de la Sociedad de Puericultura y Pediatría celebrado en Barquisimeto en 1982, y que llevó su nombre, Carlos Izquierdo colocó la grabación del programa “Cosas del abuelo” transmitido por Radio Nacional de Venezuela, realizado en su homenaje. La Sociedad de Puericultura y Pediatría instaló la Orden al Mérito “Lya Imber de Coronil” para mujeres que realizasen una labor significativa en pro de la infancia.

Lya no solamente recibió reconocimientos después de su muerte; tuvo afortunadamente tiempo de disfrutarlos, pero lo que más hubiera deseado es que sus ideas y preocupaciones se convirtieran en soluciones. Fue, sobre todas las cosas, una luchadora social que actuó bajo la ética de dedicarle a Venezuela el trabajo por los más sufrientes. La frase que su amiga María Teresa Castillo pronunció el día de su entierro recoge en pocas palabras su vida: “Es una suerte que nos haya llegado esta criatura”.

REFERENCIAS

Fuentes vivas (Junio 2009- Marzo 2010)

Entrevistas con:

- Sofía Imber
- María Elena Coronil Imber
- Fernando Coronil Imber (correspondencia electrónica).
- Carmen Correa y Zaira de Andrade (cuestionario electrónico).
- José Francisco y Consuelo Ramos de Francisco
- Elisa Lerner
- Anita Molina
- Nusia Katz de Feldman
- Lila Ruiz de Mateo Alonso y Ester Mateo Ruiz

Conversaciones con:

- Carlos Izquierdo
- Dora Federbusch
- Alicia Freilich
- Elba Medina Sánchez
- Sara y Adriana Meneses Imber
- Jacobo Rubinstein
- Frida Silberg

Bibliografía general

Almandoz, Arturo (2004). *La ciudad en el imaginario venezolano. II. De 1936 a los pequeños seres*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Cartay, Rafael (2003). *Fábrica de ciudadanos. La construcción de la sensibilidad urbana (Caracas 1870-1980)*. Caracas: Fundación Bigott.

Colmenares, Guillermo, et al. (2008). *Doctores en Ciencias Médicas egresados de la Universidad Central de Venezuela*. Volumen VI. Caracas: Editorial Ateproca.

Diccionario de Historia de Venezuela (1997). Caracas: Fundación Polar. Vols. II y III.

Espina, Gioconda (2003). “Las feministas de aquí”. En *Las mujeres de Venezuela*. Inés Quintero coordinadora. Caracas, Funtrapet (Historia Mínima, 4).

Figes, Orlando (2008). *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. Barcelona: Edhasa.

Historia del Hospital Municipal de Niños de Caracas J.M. de los Ríos (2001). Antonio García Ponce, coordinación y redacción principal. Caracas: Fundación Patronato del Hospital J.M. de los Ríos. Ediciones del Fondo Editorial de la Alcaldía Mayor.

Hecker, Sonia (2005). *Sara Bendahan. Por una puerta estrecha*. Colección Memoria y periodismo. Caracas: Fundación Polar.

Jiménez Arráiz, José Tomás (1970). *22 promociones médicas*. Caracas: Tipografía Remar.

Lerner, Elisa (1984). *Crónicas ginecológicas*. Caracas: Línea Editores.

Mateo Alonso, Alberto (1974). *Evolución de la higiene mental en Venezuela*. Caracas: Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela. Prólogo de Lya Imber de Coronil.

Noticia de una diáspora. La comunidad ashkenazí en Tierra de Gracia. Jacqueline Goldberg editora. Prólogo de Marianne Kohn Beker. Publicaciones de la Unión Israelita de Caracas, noviembre 2002. Fascículos 1 y 2.

Pinardi, Sandra (2000). “Ámbitos de la plástica: entre el lugar y la enunciación”. En *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios*. VV. AA. Coordinación y edición Asdrúbal Baptista. Caracas: Fundación Polar. Vol. 2: 49-77.

Segnini, Yolanda (1997). *Las luces del gomecismo*. Caracas: Alfadil.

Sznajderman, Clara (2005). *La entereza de un legado*. Jacqueline Goldberg, edición y textos. Caracas: La Galaxia.

Fuentes de internet

Canino, María Victoria y Vessuri, Hebe (2008). “La universidad en femenino. Un cuadro de luces y sombras en la UCV.” *Revista Arbor*. CLXXXIV 733. Septiembre-October 2008: 845-861.

Tomado de <http://arbor.revistas.csic.es/index.php.arbor/article/view/229>.

Fischer, Ronit. “Romania, Women and Jewish Education”. *Jewish Women: A Comprehensive Historical Encyclopedia*. 1 March 2009. Jewish Women's Archive. November 13, 2009 <<http://jwa.org/encyclopedia/article/romania-women-and-jewish-education>>.

Galitzi, Christine. “Education in Roumania”.
www.tkinter.smig.net/Romania/FriendsOfRoumania/.../index.htm

Martínez, Emma D. “La educación de las mujeres en Venezuela 1870-1940 o reconstruir la historia de Venezuela incluyendo a las mujeres.” *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Tomado de scielo.org.ve

Orta Sibiu, Nelson. Discurso con motivo de la Orden al mérito “Dr. Gustavo H. Machado” otorgada al Dr. Nelson Orta Sibiu. *Archivos Venezolanos de Puericultura y Pediatría*. Tomado de scielo.org.ve

Taylhardat, Leonardo. “Escuela de demostradoras del hogar campesino y el papel de sus egresadas en la extensión rural en Venezuela: Período 1938-1960”. Tomado de scielo.org.ve

Vitae, Academia biodigital médica. “Historia de la pediatría en Venezuela”. Entrevista al doctor José Francisco y la profesora Consuelo Ramos de Francisco por Claudia De Oliveira. Tomado de

<http://caibco.ucv.ve/caibco/vitae/VitaeOcho/Personaje/ArchivosHTML/presentacion.html>

Varias búsquedas acerca de datos históricos y geográficos.

Bibliografía citada sobre Lya Imber

García Arocha, Humberto (1982). “Biografía de Lya Imber de Coronil” en VV.AA. *Venezolanos del siglo XX. Biografías escolares*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

Pérez, Ana Mercedes (1967). “Lya Imber”. En *25 vidas bajo un signo*. VV.AA. Caracas: Editorial Lerner. Prólogo de Joel Valencia Parpacén. Ilustraciones de Clavijo.

Rengifo López, Hanna Carolina y Rosales Rojas, Janet (1987). “Lya Imber: un aporte a la bibliografía pediátrica venezolana”. Tutora: Consuelo Ramos de Francisco. Trabajo de grado de la Escuela de Bibliotecología. Caracas, Universidad Central de Venezuela.

Hemerografía citada sobre Lya Imber

Bordería, Haydée (1981). “La racionalidad de Lya Imber”. Caracas: *El Nacional*, 31 de octubre.

Caldera, Rosita (1980). “Los niños en desamparo”. Caracas, *El Nacional*, 12 de septiembre.

Coronil Hartman, Alfredo (1981). “Lya”. Caracas: *El Nacional*, 24 de septiembre.

Delpretti, Eduardo (1981). “A Lya Imber donde esté”. Caracas: *El Nacional*, 15 de septiembre.

Lovera De Sola, Roberto (1981). “Lya Imber”. Caracas, *El Nacional*, 17 de agosto.

Martínez, Aurora (1960). “Mi padre el inmigrante”. Revista *Páginas*. Caracas, Año XII, No. 281, 30 de junio.

Miranda Ruiz, Francisco (1998). “Lya Imber de Coronil”. *Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina*. Caracas: diciembre 1998. Vol. 47. No. 74. Tomo II: 166.

Páez, María Elena (1968). “Cuatro damas opinan sobre la encíclica del Papa”. Caracas, *El Nacional*, 31 de julio.

Velázquez, Lucila (1964). “La protección del niño no es política ni negocio”. Caracas, *El Nacional*, 29 de agosto.

S/A. “Hay niños de inmigrantes que no se educan aquí” (1967). Caracas, *El Nacional*, 9 de octubre.

Otras fuentes

Acta constitutiva de la Fundación Patronato del Hospital J.M. de los Ríos.

Expediente de Lya Imber. No. 40. Año 1936. Caracas: Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela.

Biografía de Lya Imber de Coronil. En *Vitae, Academia biodigital médica* por Mandy Zambrano.

Tomado de

<http://caibco.ucv.ve/caibco/vitae/VitaeOcho/Personaje/ArchivosHTML/presentacion.htm>

Entrevista de Lya Imber por Sofía Imber y Carlos Rangel. 4 de febrero, 1976. *Archivo digital Sofía Imber y Carlos Rangel*. Centro de Investigación de la Comunicación. Universidad Católica Andrés Bello. Tomado de www.ucab.edu.ve/periodistas-sofia.html

Obras citadas de Lya Imber de Coronil

“Ensayo de estadística de mortalidad infantil por tuberculosis en los niños de Caracas. Diagnóstico y curabilidad” (1936). Universidad Central de Venezuela. Tesis doctorales. 1936. Tomo II. Caracas: Academia Nacional de Medicina.

“Sala de recreo Lya Imber” (1952). Crónicas y notas *Archivos Venezolanos de Puericultura y Pediatría*, Vol. XV. Julio-Septiembre. No. 45.

“Los accidentes matan a muchos niños” (1955a). En *Recopilación de artículos de divulgación publicados en el diario El Nacional*. Tomo I. Caracas: Consejo Venezolano del Niño, 1959.

“Jornada Mundial de la Infancia” (1955b). En *Recopilación...* Tomo I.

“Los conciertos de Mariantonia Frías” (1956). En *Recopilación...* Tomo II.

“Los veinte años del Hospital J.M. de los Ríos” (1958a). En *Recopilación de artículos de divulgación sobre la infancia*. Tomo II. Caracas: Consejo Venezolano del Niño, 1960.

“Para y a expensas del niño” (1958b). En *Recopilación...* Tomo II.

“Los niños son niños todos los días” (1958c). En *Recopilación...* Tomo II.

“¿Limosna para los niños? (1958d). En *Recopilación...* Tomo II.

Prólogo de Lya Imber (1959). En *Recopilación...* Tomo I.

“La educación del sentido internacional del niño” (s/f). En *Recopilación...* Tomo I.

Puericultura [1959]. Caracas: Editorial Kapelusz, 1965.

“Peggy, Carmencita y Gabrielito” (1960). En *Recopilación...* Tomo II.

La salud mental de los hijos (1962). Con Alberto Mateo Alonso. Caracas: Imprenta Nacional.

“Asistencia integral del niño en el Hospital J.M. de los Ríos” (1962a). Caracas: *Boletín del Hospital de Niños*. Vol. 4. No. 1: 93-114.

Editorial. Discurso de la doctora Lya Imber de Coronil (1962b). Caracas: *Boletín del Hospital de Niños*. Vol. 4. No. 4: 619-625.

Discurso de la doctora Lya Imber de Coronil (1965). Caracas: *Boletín del Hospital de Niños*. Vol. 7. No. 1: 158-163.

“Conceptos sobre abandono y delincuencia juvenil. Profilaxis” (1971). En *El Congreso y los problemas de la delincuencia*. VV.AA. Caracas: Ediciones del Congreso de la Republica: 43-63.

Palabras iniciales por la Dra. Lya Imber de Coronil (1972a). *Memorias de la Conferencia Internacional de Educación de Padres*. Caracas: Imprenta Nacional.

“Estudio socioeconómico y cultural de una comunidad hospitalaria, efectuado al personal del Hospital J.M. de los Ríos” (1972b). Con Haydée Bordería. Caracas: *Boletín del Hospital de Niños*. Vol. 14. No. 3.

Prólogo de *Evolución de la higiene mental en Venezuela* de Alberto Mateo Alonso (1974). Ob. Cit.

“Evocación de Nathalie Masse” (1976). Caracas: *Archivos Venezolanos de Puericultura y Pediatría*. Vol. 39. No. 1: 9-12.

“Inteligencia y experimentos” (1979a). Caracas, *El Nacional*, 19 de julio.

“El término ‘pobre’ ” (1979b). Caracas, *El Nacional*, 5 de mayo.

“La humanización de los hospitales infantiles” (1979c). Caracas: *Esperanza*, revista de la organización hebrea Damas de Hatikvah. Mayo: 74-76.

“Niños migrantes” (1980). Caracas, *El Nacional*, 20 de octubre.

Las recetas de Mam para las parejas ocupadas (1981). Introducción y recopilación de Lya Imber. Prólogo de Isaac J. Pardo. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.

ÍNDICE

Un barco se detiene en La Guaira

¿A qué vino usted aquí?

Un barril para cruzar el Dniester

América, América

En las esquinas de Caracas

La primera médica venezolana

Yo, Lya Imberg, rumana

El sueño de la modernidad

Lya y Rubén

Tiempos de fundación

Una joven pediatra

El Consejo Venezolano del Niño

La Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría

La Liga Venezolana de Higiene Mental

El Hospital de Niños J.M. de los Ríos

El Servicio de Higiene Mental

La humanización del hospital

Lya, directora

La Fundación Patronato del Hospital

Del hospital a la pediatría social

Lya, profesora

Lya, comunicadora

Lya, viajera

Encuentro con Nathalie Masse

La pediatría social según Lya Imber

Última presencia

Referencias